

Selección



CURTIS GARLAND

EL CULTO DE LA CARNE SANGRANTE

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Cuando Cary Craig volvía a casa de noche tras pasar un buen rato con una de las alegres chicas de cierto club de la ciudad, no podía imaginar la gravedad de los hechos que iba a presenciar. Tras detenerse para recuperar fuerzas, contempla una ominosa procesión de hombres encapuchados que llevan entre ellos el cuerpo lánguido, desnudo y sangrante de una chica. Horrorizado intenta escapar de los "monjes" que, al darse cuenta de que son observados, le persiguen.

Mark Fisher, que esperaba llegar a su destino a primera hora de la mañana, se encuentra con el moribundo Cary Graig que le habla de la horrorosa visión que ha tenido. Magullado y roto por dentro, Fisher no puede hacer nada por él, y bastante tiene con defenderse ante el sheriff Conway de la acusación de atropello que pesa sobre él. Únicamente gracias al buen hacer del forense y de su abogada, la señorita Molly Chalmers, podrá salir de prisión. Y junto a esta última emprenderá una peligrosa investigación para descubrir quiénes están detrás del horrible culto de la carne sangrante.



Curtis Garland

El culto de la carne sangrante

Bolsilibros: Selección terror - 413

ePub r1.4
Titivillus 22.09.2017

Curtis Garland, 1981
Diseño de portada: SoporAeternus

Editor digital: Titivillus
Primer editor digital: SoporAeternus (r1.0 a r1.2)
ePub base r1.2





... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

CAPÍTULO PRIMERO

Había empezado a llover poco antes.

Gary Craig frunció el ceño, mirando el cielo encapotado, a la hojarasca que brillaba ya con las gotas de la lluvia, como si fuese plástico, y meneó la cabeza, con evidente contrariedad.

—Solo faltaba esto —gruñó subiéndose el cuello de la gabardina —. Esta maldita carretera se pondrá pronto difícil con la lluvia. Y no me gustaría pegarme un trastazo por culpa de ello.

—Vamos, Gary, solo son cuatro gotas por el momento —rio la joven que le había acompañado a la puerta del club privado donde había pasado Craig las últimas tres horas de la tarde, en tan excelente compañía, y del modo más discreto posible en un lugar como Bakersfield, donde los hombres casados difícilmente podían echar una cana al aire sin que la gente tuviera conocimiento de ello y se disparasen inevitablemente las murmuraciones—. No te costará ningún problema llegar a tu casa a tiempo, estoy segura.

—Ojalá sea así —comentó él caminando hacia su automóvil—. Hasta otro día, preciosa. Cuanto antes me vaya, mejor. Si no llueve pronto en abundancia, es que yo no sé nada del clima de California.

—Hasta siempre que quieras, Gary —sonrió ella, parándose bajo la marquesina para no mojar su bien cuidado peinado—. Sabes dónde encontrarme, ¿no?

—Claro —él miró el luminoso parpadeante del club, y luego la miró a ella, risueño—. Eres una chica estupenda, Cheryl. Volveré por aquí, te lo prometo.

—¿Eso quiere decir que te vas satisfecho?

—Eso quiere decir que me gustas. Y que lo paso bien contigo. Algo que, por desgracia, no me ocurre desde hace años con mi mujer.

—No eres el único marido en el país que pasa por ese problema —sonrió la joven, irónica—. En sitios como este se aprende mucho

sobre el matrimonio americano, puedes creerme. Lo suficiente como para no casarse una jamás.

—Sí, supongo que sí. No es que le eche la culpa de todo a ella —dijo Craig, abriendo la portezuela de su coche—. Pero lo cierto es que no somos felices. Unas veces es culpa de unos, otra de otros. Los matrimonios no funcionan en un gran porcentaje, maldita sea.

Entró, mientras las gotas de lluvia, confirmando sus predicciones, aumentaban en intensidad al estrellarse sobre el parabrisas. Puso en funcionamiento los limpiaparabrisas, que movieron las varillas rítmicamente. Agitó una mano hacia la muchacha.

—Hasta pronto, Gary —dijo ella.

—Hasta pronto —confirmó él, cerrando la portezuela y poniéndose en marcha.

El club privado quedó atrás, con Cheryl a la puerta y el parpadeo de su luminoso. Se anunciaban buenas bebidas, música ambiental y relax. Pero se encontraba mucho más en un local como el Club 2000 de Bakersfield. Chicas como Cheryl, por ejemplo, con la que se podía tomar una copa, bailar y subir discretamente a una habitación para pasar unas horas y olvidarse de las precauciones cotidianas por un precio razonable. Cierto que esa clase de locales tenían otro nombre menos ambiguo en ocasiones, pero en las ciudades de provincias como Bakersfield resultaba mucho más discreto y elegante tener el simple nombre de un club privado, adecuado para solteros y hombres solitarios.

Craig se alejó de Casa Loma Drive, donde se hallaba situado el local, dando su fachada hacia County Fairgrounde, la zona donde se celebraba anualmente las competiciones feriales del condado de Kern, y enfiló por Brundage Lane hacia la carretera provincial número 58, que era la prolongación de aquella avenida, en dirección Oeste.

Iniciaba el regreso a su casa, hacia su vivienda, situada en la urbanización próxima a Kern City y sus verdes ondulantes campos de golf y clubs campestres, mientras la lluvia arreciaba por momentos, y el movimiento semicircular de los limpiaparabrisas se hacía imprescindible si quería ver la ruta.

Pronto dejó atrás el centro urbano de Bakersfield, para virar hacia Ming Avenue, que era a esas alturas una simple cinta ancha

de asfalto discurriendo entre propiedades aisladas, campos deportivos, jardines y parques, en dirección a Kern City y su zona de deporte. Las propiedades privadas formaban hilera poco después, pero siempre separadas entre sí cosa de cien o ciento cincuenta yardas, por vallas, arboledas o altos setos. Se veían algunas luces en las casas y los televisores mostraban su rectángulo luminoso, la mayoría de las veces en colores, allá tras las vidrieras y los visillos, difuminados por la cortina de fina lluvia.

Gary Craig aguzó la vista para moverse por la ruta sin dificultades. En varias ocasiones, el centelleo de los faros de otros automóviles con los que se cruzaba, pasaba veloz sobre el parabrisas, deslumbrándole por su reflejo multiplicado en las gotas de lluvia.

Pese a que conocía bien la zona, puesto que se hallaba solo a un par de millas de su casa, sucedió lo que tanto había temido desde que abandonara el club.

Por aquel sector de Ming Avenue acostumbraban a pasar siempre los camiones de reparto y alguno de ellos había perdido aceite, como ocurría con alguna frecuencia. Sintió patinar los neumáticos sobre la superficie grasienta y resbaladiza donde la lluvia se mezclaba con el aceite, formando una peligrosa combinación sobre el asfalto.

Tuvo que meter con rapidez los frenos, haciendo chirriar a todo su coche para intentar clavarlo en el menor espacio de asfalto posible. Lo logró, pero lo resbaladizo de la grasa le hizo girar de lado, perdido el control, y oyó el impacto de la parte trasera contra algún cuerpo sólido.

—¡Maldita sea! —rezongó, al tiempo que el estruendo seco de las luces posteriores al romperse llegaba hasta él.

Cuando el coche quedó totalmente parado, cruzado en un lado de la avenida bordeada de parques y jardines privados, tomó una gorra impermeable de la guantera y una pesada linterna, saliendo al exterior, bajo la lluvia.

Rodeó su coche, deteniéndose ante la abollada matrícula, las luces traseras con el plástico y el vidrio hechos trizas, y hasta las lámparas rotas e inútiles. La carrocería verde de su vehículo mostraba arañazos y abolladuras en varios puntos.

El choque había sido con un saliente de piedra de una cerca

privada. Trozos de la piedra se habían agrietado al impacto. No vio a nadie a su alrededor.

—Si conduzco sin luces traseras hasta casa, puede verme un patrullero y detenerme —se dijo para sí Craig con irritación—. ¿Por qué diablos no saldría media hora antes del club? Si esa chica, Cheryl, no hubiera sido tan melosa…, tan efusiva…

Meneó la cabeza con disgusto y deslizó la luz de su linterna en derredor, buscando a alguien o algo que pudiera servirle de alguna ayuda. No encontró ninguna cabina telefónica inmediata, para llamar a su casa y que su esposa, Ana, fuese a recogerle, ni tampoco luces en las viviendas más inmediatas, posiblemente deshabitadas en estos momentos, donde solicitar ayuda y, cuando menos, reponer aquellas luces de modo momentáneo para evitar una fuerte sanción. Sabía por experiencia que no se podía jugar con la gente del *sheriff* Conway. El condado de Kern tenía fama en California de ser uno de los más duros en cuanto a sanciones de tráfico y rigidez en la actitud de sus autoridades. Alex Conway no era solo un *sheriff* eficiente. Era implacable, y su ayudante principal, Todd Travis, no le iba a la zaga.

—De todos modos, habrá que arriesgarse —refunfuñó, aun a sabiendas de que si los patrulleros del *sheriff* Conway le sorprendían sin luces en plena noche, no solo le sancionarían con firmeza, sino que seguramente dormiría en la celda de la oficina local, cosa que no le hacía la menor gracia a Craig.

Regresó de nuevo a la abierta portezuela de su coche, para introducirse en él y reemprender la marcha. Bajó la linterna para guardarla de nuevo en la guantera, apagando su ancho y potente chorro de luz.

Entonces lo vio.

Fue una visión fugaz. Casi no lo creyó cuando la luz de su pesada linterna se hubo extinguido y ponía un pie en el suelo de su automóvil. Quedóse inmóvil, rígido. Sin dar crédito a sus ojos.

—No, no es posible —dijo entre dientes—. Pero yo no he bebido apenas… Tal vez fue un juego de sombras y de árboles en la loma…

Y para comprobarlo y quedarse tranquilo de una vez por todas, recuperó la linterna, la dirigió hacia el punto en cuestión y apretó el botón de la luz.

El chorro blanco volvió desparramarse por la arboleda y las

cercas de propiedades, en dirección a la loma cercana, que delimitaba los campos de deportes cercanos, más allá de las fincas de Ming Avenue.

No. No era un juego de luces y sombras. Ni era su imaginación.

Estupefacto, Gary Craig vio con mayor nitidez que antes la increíble, fantástica escena, como una alucinación propia de un loco.

Su linterna estaba revelando con precisión, sobre lo alto de la suave loma recubierta de húmedo césped, la hilera de encapuchados moviéndose en lenta y solemne procesión.

Y entre ellos, tendida sobre una camilla o cosa parecida, el cuerpo de una mujer.

Un cuerpo desnudo, ensangrentado, cuya carne rosada destacó nítida a la luz de su poderosa linterna.

Luego, al envolverles aquel ramalazo de claridad blanca, los encapuchados se volvieron hacia él.

Craig estuvo seguro de que más de una veintena de ojos llameantes, bajo la estameña oscura de las capuchas monacales de aquellos sorprendentes personajes, se fijaron malignamente en él.

Tuvo un mal presentimiento. La humedad de la lluvia no fue la que provocó ahora en él un agudo escalofrío.

Se metió con rapidez en el coche, apagando la linterna, sin querer saber nada más, y puso el motor en marcha.

Pero el coche no arrancó.

Lo intentó de nuevo, encendiendo ahora los faros delanteros, barriendo con ellos la ruta de asfalto, a través de la cortina de lluvia. El motor roncó. El coche siguió inmóvil. No podía salir de allí. Fuese como fuese, se había averiado algo al chocar. Algo que le impedía moverse.

Miró con horror la desierta carretera azotada por el aguacero.

Los encapuchados estaban allí ahora. Frente a él. Se movían hacia el coche…

* * *

Gary Craig sintió pánico.

Un pánico irracional, irreflexivo. Algo le dijo que aquellos extraños, sombríos seres de la ruta, significaban peligro. Muerte,

posiblemente.

No llevaban ya consigo el cuerpo desnudo y ensangrentado. Pero Craig estaba bien seguro de haberlo visto. Ahora, los encapuchados rodeaban virtualmente su coche en un movimiento envolvente, lento pero seguro. A su cabeza, una figura más alta que las demás, con la caperuza hundida hasta el mentón, sin dejar ver más que sombras profundas donde sin duda existía un rostro, parecía ser quien daba las órdenes sin necesidad de pronunciar palabra alguna. Todos daban la impresión de comprenderle y obedecerle ciegamente.

Le estaban rodeando a él. Gary Craig sintió que un sudor helado empapaba su rostro y su cuerpo, mezclándose con el agua de lluvia en una fría y viscosa combinación. Ante los inútiles esfuerzos de poner de nuevo en marcha su coche, saltó de él precipitadamente y echó a correr.

No le importaba revelar su miedo a aquella extraña cohorte monacal. Nada le importaba si, lo antes posible, ponía entre ellos y aquellos personajes de pesadilla la mayor distancia posible. A su alrededor, la cortina de ruidosa lluvia, las residencias sin luces y la apacible calma habitual en Bakersfield, no hacía sino acentuar más aún lo insólito y fantástico de su encuentro en la noche. Aquellos encapuchados eran en ese lugar algo tan incongruente como aterrador. No podían significar nada bueno, si bien Craig ignoraba qué eran o qué pretendían. Estaba demasiado asustado ahora para que sus ideas fluyesen con claridad.

Sus pisadas rápidas en los charcos y en el asfalto mojado le alejaron del grupo de monjes, que con sus largas túnicas oscuras difícilmente podían ser tan rápidos como él.

Dejó atrás el coche, con sus faros encendidos, la casa desierta y silenciosa, la loma del campo deportivo y la arboleda que se agitaba lúgubremente a impulsos de las ráfagas de viento.

Con alivio, comprobó que los siniestros personajes no le perseguían, pareciendo darse por satisfechos con su fuga. Respiró con más fuerza, miró atrás un instante y se serenó en gran parte. Los encapuchados se hundían en la oscuridad, pareciendo renunciar definitivamente a darle caza.

Craig se detuvo sintiendo los fuertes latidos de su corazón, y luego siguió su marcha con largas zancadas, siempre en dirección

sur, huyendo del paraje donde se enfrentaba a tan terrible presión. La imagen nacarada de aquel cuerpo desnudo, rígido y bañado en sangre, conducido en volandas por los encapuchados como un ritual dantesco, todavía parecía bailotear ante él, con obsesiva fijeza, confirmándole que no había sido víctima de ninguna alucinación, sino testigo inesperado de un hecho que no tenía explicación aparente, y menos en una comunidad tranquila y normal como la de la pequeña ciudad californiana.

Estaba cerca de Kern Island Canal, en dirección a Casa Loma Drive. Aunque había numerosas residencias y hotelitos en los alrededores, era una zona solitaria y aislada, y más en una noche tan inclemente. La soledad, en estos momentos, comenzaba a excitar los nervios de Gary Craig. Buscó una cabina telefónica con la mirada, y la encontró, en la esquina con Wibble Road. La luz del pequeño recinto encristalado fue un alivio demasiado grande para él. Resopló, casi feliz, y echó a correr en dirección al teléfono.

Se metió dentro de la cabina. Su azulada claridad casi le pareció adorable. Empezaba a sentir esa noche un indefinible horror a las tinieblas. Descolgó el teléfono. Marcó un número que conocía bien.

Una voz monocorde contestó al otro extremo del hilo:

—Estación de policía. ¿Quién llama, por favor?

—Me llamo Craig —jadeó—. Gary Craig. El *sheriff* Conway me conoce…

—Lo siento. El *sheriff* Conway no está aquí ahora. Ni tampoco su ayudante, Todd Travis. Soy Barry Scott, agente de servicio…

—Por el amor de Dios, escuche lo que le digo. Llame a una patrulla para que venga aquí, al cruce de Wibble Road y Casa Loma Drive. En la cabina telefónica estoy en estos momentos, pero mi coche sufre una avería en Ming. He visto algo horrible, agente.

—¿Qué es lo que ha visto? —la pregunta parecía escéptica por completo.

—Se lo ruego, agente, hágame caso. No estoy bebido ni soy visionario. He presenciado el traslado del cuerpo desnudo de una mujer, totalmente ensangrentado. ¡Y los que lo trasladaban era una hilera de encapuchados que luego se lanzaron a perseguirme a mí!

—Escuche, señor Craig, no puedo llamar al *sheriff* para contarle eso. Me echarían de aquí sin oír más. Su relato no tiene sentido.

—¡Le juro que es cierto! ¡Los encapuchados me han perseguido,

llevaban un cuerpo sangrante…!

—¿Quién era la mujer que usted vio de ese modo?

—¡No lo sé! —bramó Craig, exasperado—. ¿Es que cree que pude reconocerla a la distancia que me hallaba de ella? Los faros de mi coche la iluminaron por pura casualidad, agente Scott. Luego me atasqué con el coche, y esa gente de las capuchas me rodeó. Parecen monjes, ¿entiende?

—No hay ningún monasterio ni ninguna orden religiosa cerca de aquí, ¿lo sabía? —el tono de Scott al policía tenía el aire zumbón, sarcástico, incluso al añadir—: La única misión franciscana que hay cerca de Bakersfield, lleva en ruinas más de ciento treinta años, y no ha asomado por ella un fraile desde entonces. ¿Por qué no va a su casa y se serena un poco?

—¡Porque todo lo que le he dicho es cierto, y esa gente estaba cerca de mi casa, agente! —clamó Craig con angustiado tono—. ¡No puedo volver allí sin ir escoltado por algún policía, entiéndalo!

—Está bien, veré lo que puedo hacer, señor Craig —suspiró el agente—. Pero no le garantizo nada. Travis y el *sheriff* han ido a Golden State Avenue por una riña violenta, y usted sabe que eso está al lado opuesto de la ciudad, pero si quiere esperarse ahí, le llamaré por este teléfono para informarle de lo que hay.

—Sí, por favor, hágalo —rogó Gary Craig, cada vez más apurado —. No me siento tranquilo. Además, esa cabina iluminada… es un punto muy visible en un área bastante amplia.

—Espere por los alrededores, en todo caso. No tardaré, señor Craig. Ahora cuelgue, por favor.

—Dese prisa, se lo ruego —insistió él—. Empiezo a sentirme preocupado…

Colgó, tragando saliva. Alzó los ojos, abriendo lentamente la puerta de la cabina para salir a la calle.

Lanzó un ronco grito de horror cuando descubrió ante él, erguido delante de la bien iluminada caja de vidrio destinada al teléfono público, la presencia escalofriante de una alta figura envuelta en una túnica oscura y con una capucha hundida sobre su invisible rostro.

—¡No, Dios mío, no! —aulló, retrocediendo mortalmente pálido.

Detrás de aquel ser de pesadilla, la noche sombría y lluviosa hizo surgir, en diabólica formación, hasta una docena de lentos,

siniestros e implacables monjes que formaban cerco lento en torno a la cabina y en torno a él.

El teléfono empezó a sonar. Craig lo miró, angustiado, tratando de ir hacia él. La sombra de un monje se interpuso. El teléfono continuaba llamando.

Pero Gary Craig nunca lo cogió.

CAPÍTULO II

Mark Fisher contempló las luces urbanas a través de la cortina de lluvia y del parabrisas que tenían que barrer las varillas oscilantes para no empañar totalmente su visión.

—Bakersfield —se dijo— es la única población importante de esta región. Ya me queda menos para llegar…

Estaba siguiendo la interestatal número 5 hacia Los Ángeles, procedente de Portland, Oregón, y no pensaba detenerse ni una sola vez en su ruta, hasta llegar a su destino. Los Ángeles. Y eso que notaba apetito y algo de sed en esos momentos. Pero él sabía que esos temporales de lluvia acostumbran a empeorar a medida que avanza la noche, y era preferible llegar cuanto antes a su destino, sin hacer un alto en el camino que pudiera hacer luego más difícil la ruta.

Podía rodear la población, pero eso le alargaría el camino. No era fácil que a esas horas, y con tan torrencial aguacero, las calles céntricas de Bakersfield estuviesen demasiado concurridas de tráfico. De modo que decidió atravesar la urbe, sin abandonar en ningún momento la autopista.

Mark Fisher, sin embargo, se sentía ligeramente cansado y pensó bruscamente que detenerse un instante, adquirir unos emparedados y tomarse una botella de cerveza, no podía prolongar en exceso el viaje. Tras esta decisión, abandonó la carretera interestatal cuando vio el primer desvío hacia el centro urbano, y enfiló así por Ming Avenue hacia el sur, en dirección a un punto donde un luminoso parpadeaba con alegre guiño rojo, anunciando un parador de ruta abierto toda la noche.

Detuvo allí su coche y adquirió un par de latas de cerveza fría y una bolsa de emparedados, así como un vaso de café. Con todas sus provisiones, volvió al coche, poniéndolo en marcha para buscar un aparcamiento donde detenerse y reponer fuerzas lo antes posible.

Fue entonces cuando el destino quiso que Mark Fisher se desviara hacia Wibble Road. Avanzó en dirección al cruce con Casa Loma Drive. La luz de una cabina telefónica destacaba en una esquina. El solitario automovilista redujo velocidad en el cruce y, tras ver que el semáforo parpadeaba en ámbar y ningún otro vehículo cruzaba en ninguna dirección, aceleró, para rebasar la cabina telefónica.

Entonces, súbitamente, descubrió algo.

Unas sombras fugaces se hundieron en la oscuridad, más allá de la cabina, fundiéndose con las tinieblas de la borrascosa noche. Fue como si de repente, una serie de gigantescos murciélagos, asustados por el fulgor de los faros de su coche, se apresuraran a buscar refugio en sus tinieblas habituales.

Luego, Mark Fisher tuvo que frenar en seco, provocando un aullido agrio a sus neumáticos, el chirrido del vehículo, patinando sobre el asfalto mojado, para ir a detenerse justo a tiempo de impedir que ambos neumáticos pasaran sobre el cuerpo humano tendido en la calzada, triturándolo.

Sudoroso, frío, conmovido por lo que pudo ser un trágico impacto en un ser humano, Fisher permaneció unos segundos clavado en su asiento, las manos crispadas sobre el volante, los ojos dilatados, fijos en la zona barrida por los faros, en aquel bulto inmóvil, caído ante sus llantas, a punto de ser arrollado por estas. Solo unas pocas pulgadas separaban el guardabarros del cuerpo tendido en el asfalto mojado.

Fisher era un hombre precavido y receloso con muchas cosas. Había visto sin lugar a dudas varias sombras fundiéndose en la oscuridad. Sombras de seres vivos. Tal vez todo aquello era solo un truco, una jugarreta como se hacían muchas, para sorprender la buena fe del automovilista solitario, fingiendo un accidente.

Muchas veces, esas cosas terminan en un chantaje o en algo peor, como una agresión para robarle. No se dejaría coger por jugarretas como esas. Abrió la guantera y extrajo un negro revólver calibre 22 con el que salió decidido al exterior, moviéndose hacia el caído.

En el acto supo que no era ningún truco sucio. Aquel hombre, realmente, estaba muy mal. O muerto, o moribundo.

Al pisar el asfalto, miró en derredor, receloso. La luz azulada de

la cabina se extendía formando un cerco en la acera cubierta de charcos de negra lluvia. Su reflejo en los arbustos mojados y en un cercano seto, le hizo pensar que alguna de aquellas huidizas sombras de antes se había movido de nuevo, como pretendiendo materializarse más allá de la zona de tinieblas. Precavido, dirigió hacia allá su revólver, apuntando sin vacilaciones.

Tal vez fue solo su imaginación, pero los setos parecían agitarse. Luego, ya no vio nada. Ni señal de las sombras intuidas más allá de la luz.

Se desentendió de todo ello. Inclinóse sobre el cuerpo tendido en la calzada. El hombre no estaba muerto. No aún. Pero no le quedaba mucha vida ya.

Observó la sangre que empapaba su camisa, su chaqueta, sus manos y su rostro. Miró de nuevo en derredor, preocupado. Estaba solo bajo la lluvia, junto a un hombre que agonizaba. No era una situación agradable para un hombre extraño en un lugar que no era el suyo.

Pero tenía que auxiliar al hombre tendido a sus pies. Era joven, vestía bien. Y al respirar con dificultad, sus labios se cubrían de espuma sanguinolenta. Luego, la lluvia hacía correr esa sangre diluyéndola por su mentón y su cuello.

Le oyó jadear, emitir un ronco gorgoteo como un estertor. Trató de averiguar la causa de sus heridas, el origen de aquella hemorragia, sin mover demasiado el cuerpo agonizante. Se quitó su gabardina, la dobló y la puso bajo la cabeza del desconocido. Los vidriosos ojos se estaban clavando en él a través de la lluvia que chorreaba desde sus cabellos y cejas, dificultándole la turbia visión.

—Gracias… —le oyó gemir casi inaudiblemente—. Gra…, gracias.

—Vamos, vamos, ¿qué ha ocurrido? ¿Quién le hizo esto? ¿Un coche?

—No…, no… —sollozó el infortunado—. Fueron ellos…

—*¿Ellos?* —repitió Fisher, perplejo.

—Sí… Los monjes… El monje negro… y los demás… Son… asesinos… o demonios, no sé… Mi cuerpo… Dios mío… Me han asesinado… como a la chica desnuda…

Fisher tragó saliva. Miró en torno nuevamente, sin ver otra cosa que la lluvia, la cabina telefónica desierta iluminada, la avenida

bordeada de setos y propiedades ajardinadas…

—Temo no entender nada… Parece que…, que le pasó algo pesado por encima… —manifestó, al desabrochar su camisa y ver su pecho hundido, sus costillas clavadas en la carne, astilladas horriblemente, imaginando con facilidad los tremendos destrozos que sin duda sufría el interior de aquel cuerpo humano—. Tal vez un coche, un camión o una furgoneta… ¿Pudo ver algo, una matricula, identificar el auto del atropello?

—No fue… un atropello… No hubo coche alguno… —sollozó el moribundo—. Le… repito que eran… ellos… Los monjes asesinos… Es como si surgieran del infierno, se lo juro. Me persiguieron… La policía no quiso creerme… No han venido…

—¿No? —Fisher enarcó las cejas, escuchando un lejano aullido de sirena—. Sí, creo que ya vienen… Nada, salvo un atropello, causaría algo así. Está usted destrozado. Algo le arrolló… Trate de recordar, no delire, amigo… Le ayudaré…

—¡No deliro! —se convulsionó el cuerpo, en desesperado espasmo—. ¡Lo juro! ¡No me atropellaron! Fue…, fue el poder de esos horribles seres…, los monjes… ¡Dios mío, algo espantoso sucede aquí! Mi…, mi vida se va… Amigo, por favor…, crea en mí… Escape. Escape usted, quienquiera que sea…, antes de que sea demasiado tarde… Dígale a Cheryl…, a mi buena amiga Cheryl…, lo ocurrido… Dígaselo. Y a mi mujer… Creo… creo que el Diablo anda suelto en Bakersfield. ¡Dios mío, fue horrible! ¡Ellos…, ellos y su poder me hicieron… *esto*…, esto…!

Vomitó sangre, se agitó en un violento espasmo final, aferrando con manos crispadas el brazo del único ser que le acompañaba en los momentos supremos, cayó atrás… y quedó inmóvil.

Inmóvil para siempre.

Mark Fisher alzó la cabeza. Miró fijamente las luces rojas y azules que se aproximaban por la avenida. El patrullero de la policía se detuvo justo ante la cabina telefónica. De él saltó a la acera un hombre uniformado. En las puertas del vehículo era visible el rótulo: *Kern County. Sheriff*, con el escudo del condado.

—¡Eh, ustedes! —llamó el viajero—. ¡Aquí, por favor! ¡Es urgente!

El hombre de uniforme se volvió. Al verle a él y al hombre abatido en tierra, echó a correr hacia ellos, al tiempo que gritaba al

conductor que permanecía al volante del coche policial:

—¡Ven conmigo, Travis! Parece que, realmente, ocurre algo…

Otro hombre de uniforme, revólver en mano, saltó del vehículo. Ambos corrieron al encuentro de Mark Fisher. Pronto se reunieron con él, contemplando al que acababa de morir. Uno se arrodilló, el llamado Travis. El otro, con la placa de *sheriff* en su cazadora de piel, miró ceñudo a Fisher.

—¿Qué ha ocurrido? —demandó con acritud—. Soy el *sheriff* Conway, de este condado. Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No, no lo soy. Pasaba por Bakersfield, hacia Los Ángeles. Me detuve a recoger unas provisiones en la cafetería. Y de pronto me encontré con esto…

—Es él, *sheriff* —informó Travis—. Gary Craig.

—¿Está muerto?

—Sí —afirmó su acompañante.

—Murió ahora mismo —manifestó Fisher sordamente—. Agonizaba cuando lo hallé.

—¿Lo halló usted así? ¿No lo atropelló usted? —dudó Conway, clavando unos ojos azules y fríos en el rostro del joven automovilista.

—No, cielos, claro que no. Podrá comprobar eso fácilmente, *sheriff*. Vea dónde frené, justo a tiempo. De haber pasado por encima de él, ahora creería ser yo el autor de su muerte.

—¿Y quién fue? ¿Otro coche?

—Es lo que pensé. Pero él dijo que no.

—¿Él? —Conway miró al difunto Craig—. ¿Pudo hablar con usted?

—Sí. Por muy poco tiempo. Está destrozado.

—Ya lo veo. ¿Qué dijo?

—Cosas que no pude entender. Rechazó que hubiera sido un atropello.

—No creo que haya muchas cosas, aparte de un automóvil pasando por encima, que causen semejantes destrozos en una persona —aventuró Travis, sacudiendo la cabeza con aire pensativo.

—Yo pensé lo mismo —asintió Mark—. Pero él insistió. Aseguraba algo extraño, grotesco…

—¿Qué era ello? —las azules pupilas del *sheriff* se clavaron en él.

—Mencionó unos monjes… y una mujer desnuda que había sido asesinada… También habló de un «monje negro»… y del Diablo que andaba suelto. Es todo lo que dijo. E insistió hasta el fin en que ningún coche le atropelló…

—Cielos, entonces, ¿qué pudo ocurrirle para quedar así? —gruñó Travis.

—Tonterías —cortó con aspereza el *sheriff* Conway—. Esas mismas cosas las dijo Gary Craig por teléfono cuando llamó a la oficina, según lo que me contó Scott.

—¿Ese hombre llamó a la policía? —se sorprendió Fisher—. ¿Cuándo lo hizo?

—Hace unos minutos. Uno de mis hombres comunicó con nosotros por radioteléfono y hemos venido acá sin pérdida de tiempo, aunque la historia de los monjes y de la mujer desnuda y ensangrentada me sonó a puro efecto de una dosis excesiva de alcohol, o cosa parecida.

—Craig acostumbraba a tomar copas, pero nunca le vi embriagado —objetó Travis, frotándose el mentón.

—Es rara su insistencia sobre ese asunto de los monjes, ¿no le parece? —apuntó Fisher, mirando de nuevo en derredor, sin ver señales de vida ya en las proximidades de los setos—. Además, yo creí ver *algo* cuando detuve el coche y fui a atender a ese hombre.

—¿Vio realmente algo? —Conway le miró de nuevo, inquisitivo—. ¿Qué vio?

—No podría jurarlo. Podía ser un juego de luces y sombras de los faros de mi coche y árboles movidos por el viento. Pero hubo un momento en que parecían haber siluetas vivientes ocultándose allí —señaló Mark hacia el lugar donde creyera ver las sombras en movimiento.

—Ya —Conway miró en esa dirección, escéptico. Luego pareció pensar algo y cambió bruscamente de tema—. ¿Quién es usted, después de todo?

—Mi nombre es Mark Fisher. Vengo de Portland, Oregón, y me dirijo a Los Ángeles.

—He visto que lleva revólver. ¿Tiene licencia de armas?

—La tengo. ¿Quiere verla?

—Sí, por favor.

—Está con mi documentación del coche. Venga, por favor —

echó a andar hacia su automóvil—. Creí que lo importante era averiguar lo que le pasó a ese hombre, no dedicarse a interrogarme a mí.

—Escuche, señor Fisher: usted halló el cuerpo, agonizante o sin vida, y oyó las últimas palabras del difunto. No es de aquí, y ese hombre pudo morir atropellado. Creo que es suficiente motivo para interrogarle. Su llamada pudo ser la obra de un individuo embriagado o incluso drogado. Solo así se explica la insistencia de hablar de algo tan ridículo como monjes, cadáveres de mujeres desnudas y todo eso. Ahora, deseo antes que nada saber quién es la persona que halló sin vida a Gary Craig, un ciudadano de esta comunidad, y por qué salió de su coche revólver en mano.

—Pensé que podía ser el conocido truco del accidente fingido, para un atraco. La visión de esas sombras en movimiento me hizo considerar la conveniencia de ir armado.

—Usted dice que no puede jurar que viera realmente a alguien.

—No puedo jurarlo. Pero sigo pensando que había alguien por ahí.

—¿Tal vez los monjes que citó ese desdichado? —comentó con sarcasmo Conway.

—Tal vez —Mark se encogió de hombros, evasivo—. Usted le conocía. Yo, no. No puedo saber si era un visionario o una persona sensata.

—Gary Craig era un hombre normal, según creo. Casado, con una posición desahogada. Pero dado a aventuras de faldas en ciertos lugares discretos de la ciudad. También acostumbraba a beber bastante, aunque no se embriagase. En fin, yo no puedo aceptar esa historia de los encapuchados. Ni del cadáver de mujer, desnudo. Tampoco creo que haya otra forma de morir así que atropellado por un coche. Por eso debo interrogarlo a usted, señor Fisher.

—Como quiera, *sheriff* —suspiró Mark—. Pero yo también me ocuparía de batir esta zona, por si la historia de los monjes tiene algo de real.

—No tiene usted que decirme lo que debo hacer —replicó tajante el hombre de la ley—. Conozco mi oficio, amigo. Por cierto, ¿cuál es el suyo?

—Escritor.

—¿Escritor? —las cejas de Conway se arquearon con gesto hostil, receloso—. ¿Qué clase de escritor? ¿Periodista?

—No. Novelas de ficción y todo eso. Y cuentos en publicaciones mensuales y semanales.

—Ya. Novelas, ¿eh? Fantasías y cosas así…

—Sé adónde quiere ir a parar —Mark torció el gesto—. Solo soy fantástico cuando escribo, *sheriff*. En la vida normal, no acostumbro a imaginar cosas que no existen.

—Pero todos los novelistas son muy dados a rodear el hecho más simple de una aureola de misterio para sacarle partido, quizá de cara a un *best-seller*. No simpatizo demasiado con escritores y periodistas, se lo advierto, señor Fisher. Será mejor que tenga todos los documentos en regla, si quiere seguir viaje y no tener problemas en este condado.

—Creo que le entiendo muy bien. Usted es uno de esos tipos duros que gustan de imponer la ley por encima de todo y a su antojo, ¿no es cierto?

—Está hablando de más, señor Fisher, y eso no es aconsejable —le cortó rudamente Conway—. Veamos sus documentos. Si hay algo irregular en ellos, lo va a lamentar.

—Espero que tenga el mismo celo en averiguar lo que le sucedió a ese infortunado —dijo con acritud el joven viajero—. Yo que usted haría más caso a esa historia de los monjes de lo que parece hacerle ahora, *sheriff*.

—Si sigue dando consejos a quien no se los pide, terminará metiéndose en problemas, señor Fisher —le advirtió ahora con evidente dureza el hombre de la ley, apoyándose en la portezuela abierta, mientras Mark buscaba su carpeta de documentación—. Limítese a mostrarme sus documentos. Luego, me acompañará a mi oficina, firmará una declaración de las circunstancias de su encuentro con Gary Craig, limitándose a relatar lo que es evidente, sin añadirle fantasía alguna por su parte, y podrá seguir su camino.

—Muy amable —suspiró Fisher, depositando en manos de Conway sus documentos—. Espero que mientras redactan mi declaración, pueda tomarme mis emparedados y mi cerveza, aunque ya apenas si tengo apetito. En cuanto al café, el vaso debe estar helado.

—No se preocupe por eso. En Bakersfield no somos tan

insociables como para no ofrecerle una taza de café caliente en la estación de policía —y se dedicó a estudiar, ceñudo, los documentos allí recopilados por el viajero.

Por fortuna para este, todo estaba en regla, incluido su permiso para tenencia y uso de armas, dada su frecuencia en viajar por Estados Unidos a todas horas y en solitario. El permiso, extendido por la Oficina Federal, era válido para toda la Unión.

—Tiene suerte —gruñó Conway, devolviéndole la carpeta al terminar el minucioso examen—. Ahora, síganos en cuanto la ambulancia se lleve el cadáver. Le llevaré hasta la oficina…

Mark asintió. Cuando el vehículo sanitario del *County Coroner* de Kern se llevó el cadáver de Gary Craig, él se limitó a rodar detrás del coche patrulla conducido por el agente Travis.

Poco después, tomaba el prometido café caliente, ingería a duras penas un solo emparedado y apuraba una lata de cerveza con desgana. Firmó su declaración, limitándose a exponer el hallazgo del moribundo y las circunstancias estrictas del hecho, y solo a regañadientes aceptó Conway que, a petición del propio Fisher, figurasen las palabras más o menos exactas que el desdichado Craig pronunciara en su agonía.

—Ahora puede irse, amigo —dijo el *sheriff* con tono desabrido, recogiendo la declaración mecanografiada por su agente Scott y firmada por Fisher—. Y buen viaje a Los Ángeles. Si fuera precisa su presencia en esta ciudad por algún motivo, espero localizarlo donde me dijo.

—Esté seguro de ello. Tengo alquilado un apartamento en Bel Air cuyos datos constan en mi declaración, por el período de dos meses. Voy a trabajar en un guión para la televisión en Hollywood, y me encontrará allí en todo ese tiempo. Estaré a su disposición en todo momento. Sería el primer interesado en que ese extraño suceso se pusiese en claro.

—Un accidente de automóvil, un atropello en el que el autor del mismo escapa sin ayudar a la víctima, no es ningún hecho raro, por desgracia —replicó Conway muy seco.

—Eso es lo que usted dice, *sheriff* —suspiró Mark, camino de la salida—. Yo sigo sin creer que fuese un accidente y menos aún el atropello de un automóvil.

—¿Qué fue, entonces, según usted?

—Tal vez lo que sugirió la pobre víctima: un asesinato.

Y cerró la puerta tras de sí, volviendo a la lluviosa noche y a su automóvil, mientras Conway se quedaba ceñudo, la mirada fija en el que se iba, y sus hombres cambiaban entre sí una mirada de inquietud.

—Avise a mi mujer, Scott —pidió el *sheriff* a Scott, tras una pausa—. Dile que tengo trabajo extra y tardaré algo más en volver. Que puede acostarse ya. Yo cenaré aquí cualquier cosa.

—Sí, *sheriff* —asintió el joven policía Barry Scott, descolgando el teléfono.

CAPÍTULO III

Mark Fisher miró atrás por el espejo retrovisor. Las luces de Bakersfield iban borrándose en la cortina de lluvia, a sus espaldas. La ruta hacia Los Ángeles se reanudaba libre de semáforos a la altura de Pacheco Road y Panama Lane, al sur de la población.

Llovía con menos intensidad, pero a medida que avanzaba la noche el frío se iba haciendo más acentuado, a causa del grado de humedad creciente. En un lugar como California resultaba poco habitual aquel clima. No era buena bienvenida a un forastero, pensó Mark Fisher con ironía, la mirada fija ahora en la larga cinta de asfalto situada ante él.

Se iba de Bakersfield con cierta incomodidad. Era como dejar algo inconcluso detrás. Un hilo suelto de alguna madeja demasiado importante. Porque la vida de un ser humano tenía un valor. Para un *sheriff* duro y poco imaginativo como Conway, evidentemente nada partidario de los forasteros, aquello podía ser una rutina, pero para él no lo era. No podía serlo. Se trataba de un hombre muerto. Un hombre que aseguró haber visto a una mujer desnuda asesinada. Y que él también había sido víctima de los mismos culpables: unos monjes. Y un monje negro…

Extraña historia aquella. Tal vez Conway tuviera razón, meditó. Él no poseía la imaginación fértil de un escritor. Pero ¿por qué iba a mentir aquel hombre muerto? ¿Por qué insistió tantas veces sobre una misma historia, incluso al telefonear a la policía desde la cabina de aquel cruce donde él creyera ver huidizas sombras vivientes, fundiéndose con las tinieblas de los alrededores?

Tendría que dejar de pensar en ello. Bakersfield había sido solo un incidente en su ruta. Tenía que pensar en sí mismo y en su inmediato trabajo allá en Hollywood. Eso era lo que importaba.

Le sobrepasó una furgoneta comercial de carrocería gris oscura. Rodó delante de él, a buena velocidad, también hacia el sur de

California. No había muchos otros coches a la vista, esa era la verdad. Casualmente, de un modo puramente mecánico, miró la matrícula del vehículo situado ante él.

Era una placa azul con letras amarillas, correspondiente al estado de California. Leyó las cifras y letras: 817 ONN. No prestó más atención al vehículo, que aceleró momentos después, alejándose de sus faros y dejando en la oscuridad situada más allá de la cortina de agua la sola presencia de sus luces rojas de atrás.

Un indicador señaló que entraban en la zona de Greenfield. Sus faros resbalaron sobre un gran anuncio lateral de la ruta, donde se anunciaba una nueva urbanización de Hollywood, con el realce sugestivo de una bella modelo en minúsculo bikini rojo, capaz de cortar el aliento a cualquier automovilista solitario.

También el atractivo reclamo quedó atrás, en la noche. Mark rodaba casi en solitario, aproximándose a una curva tras la cual habían desaparecido las luces traseras de la furgoneta del vehículo oscuro y su intermitente en acción.

Pasó la curva a buena velocidad. Luego, con ojos horrorizados, comprobó que la furgoneta estaba demasiado cerca. Frenó el coche con rapidez de reflejos, cuando las puertas traseras de carga se abrían.

Algo rodó al asfalto, ante las luces del coche de Fisher. Era una forma color cera, rígida, que sonó sorda, horriblemente, en el suelo de la carretera, quedando inmóvil ante el vehículo del joven escritor.

Solo el reciente frenazo en seco de este evitó que su automóvil arrollara aquel cuerpo. Por segunda vez en la misma noche, había estado a punto de arrollar a alguien.

Porque aquello que la furgoneta lanzara al asfalto era un cuerpo humano. Un cuerpo desnudo.

Aterrado, inclinándose sobre el parabrisas, contempló con un escalofrío profundo la forma que yacía ante su coche. Un cuerpo bañado en sangre, de ojos desorbitados en un rostro que acaso alguna vez fuera hermoso. Un cuerpo que tenía ya el color de la cera y la rigidez de la muerte.

El hermoso cuerpo de una mujer joven, sin vida.

Luego, Mark Fisher tomó de nuevo su revólver, saltó al asfalto y gritó en vano, bajo la lluvia helada:

—¡Alto! ¡Alto, deténgase!

Era inútil. La furgoneta estaba cada vez más lejos. Casi no se veían ya sus luces rojas traseras. La noche engullía al siniestro vehículo que arrojara la muerte ante Mark Fisher.

Él alzó su brazo armado. Disparó dos veces sin vacilar. Sobre el rumor de la lluvia, los estampidos del revólver sonaron sordamente en la calma desierta de la carretera.

A aquella distancia, con un revólver calibre 22, era absolutamente imposible hacer nada práctico. Era posible, incluso, que ni siquiera oyeran las detonaciones los ocupantes del vehículo, aunque tampoco era de prever que, en caso contrario, se hubieran detenido.

Aquello parecía un complot demencial. Fisher se volvió, acercándose demudado el cuerpo caído al asfalto.

Sin duda se trata de la mujer mencionada por Gary Craig. Era su cadáver. Coincidía con la descripción: mujer joven, desnuda, ensangrentada…

Examinó más de cerca la piel cérea de la mujer. Observó sus terribles desgarros, la ruptura de sus huesos en algunos puntos, las vértebras trituradas, la sangre seca sobre las heridas y despellejamientos inexplicables.

—Dios mío… —jadeó—. Él tenía razón. Si la mujer ensangrentada existía…, ¿por qué no puede existir lo demás, incluidos esos monjes diabólicos? ¿Quién conducía esa furgoneta y por qué arrojó ante mí ese cadáver? No tiene sentido…

La muchacha, a juzgar por su rigidez y helada piel, llevaba ya algún tiempo sin vida. Tenía cabellos castaños claros y ojos pardos, muy desorbitados y vidriosos. El gesto de su convulso rostro era de horror y de dolor infinitos.

Cargó con el cuerpo. Lo depositó suavemente en el asiento posterior de su coche. Repuso las dos balas gastadas, en el tambor de su revólver. Y subiendo de nuevo al vehículo, lo puso en marcha.

Giró justamente en aquel punto. Y dio vuelta en redondo. De regreso a Bakersfield.

Tal vez, pensó preocupado, de regreso a una auténtica pesadilla de horror, de sangre y de muerte.

* * *

Con aire fatigado; el *sheriff* Alex Conway abrió la puerta de su vivienda y entró en ella con paso lento y pesado. El crujido de sus botas sobre el suelo de madera resultaba demasiado familiar para que su esposa no lo reconociera.

—¿Eres tú, Alex? —sonó la voz de ella, desde la cocina.

—Sí, maldita sea —gruñó él con aspereza y cansancio, encaminando sus pasos al *living*—. ¿Todavía estás levantada?

—No quise acostarme sin que cenases. Después de todo, tampoco tengo sueño aún. La reunión de Damas Caritativas de Bakersfield, es aburrida pero no tanto —y asomó a la puerta, sonriendo, con su pulcro delantal sobre las ropas, y una mirada de cariño hacia el esposo que regresaba tan tarde de su tarea—. ¿Traes apetito?

—No demasiado —se lamentó el *sheriff* dejando caer su fornida humanidad en un asiento, y pulsando el televisor por pura rutina, para contemplar cualquier programa durante unos minutos—. He llevado una noche de perros.

—Lo creo, Alex —ella dirigió una mirada al impermeable y capucha de su marido, colgados en un perchero del recibidor, y meneó la cabeza—. Ha llovido a mares.

—Por fortuna, eso ya cesó. Pero no ha sido solamente la lluvia, sino la cantidad de cosas que se han acumulado esta noche.

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado. Primero fue una pelea en el bar de Rusty. Algún día habrá que cerrar ese garito. Va demasiada gente indeseable por allí. Luego fue lo de Gary Craig.

—¿Gary Craig? —ella arrugó el ceño—. Me suena ese nombre.

—Es Craig, el del negocio de los derribos y el Círculo de Deportes local.

—Oh, ya recuerdo. Ana Craig es su esposa. La conocí una vez en el Club de Cultura Femenina, cuando me nombraron vocal del mismo… Una buena mujer, o al menos así me lo pareció entonces.

—Bueno, pues a su marido lo han matado.

—¿Qué? —ella abrió enormemente los ojos, mirándole con profundo asombro y horror—. ¿Quién pudo hacer tal cosa?

—No, no se trata de un homicidio. No creo que sea eso, aunque el pobre hombre hizo una extraña llamada a la estación de policía y le contó a Scott cosas absurdas y fantásticas. También se las contó a

un forastero.

—¿Un forastero? —ella iba de sorpresa en sorpresa, a juzgar por su expresión.

—Sí, un maldito forastero que iba de paso. Dice que le oyó hablar antes de morir, pero era escritor de libros, y a esa clase de tipos no puede uno acabar de creerles nunca.

—¡Un escritor de libros! —el rostro de la señora Conway reveló embeleso—. Oh, eso hubiera sido fascinante para nuestro Club de Cultura… Presentar nada menos que a un escritor…

—No creo que sea autor de nada especial ni notable, desilusiónate, querida —rechazó él con acritud—. Era un entrometido joven y poco sensato. Creía las palabras de Craig, que tal vez estaba como una cuba cuando lo mataron, si no es que había ingerido alguna droga. Tengo de él malas referencias en ese sentido. Se le veía con frecuencia en sitios poco recomendables, aunque eso sí, muy discretamente. Se ve que no le era demasiado fiel a su mujer.

—Pero ¿de qué hablaban esas palabras que él repitió?

—Oh, tonterías. Hablaba de monjes, encapuchados…, asesinos con hábitos monacales y un cuerpo de mujer desnudo y sangrante.

Myrna Conway, la esposa del *sheriff*, abrió mucho los ojos, con expresión de asombro e incredulidad.

—Sí que es una historia rara… —admitió.

—Más que eso: rarísima. El doctor Kirby se ocupará de descubrir si estaba ebrio o drogado cuando murió.

—¿Pero cómo le mataron y por qué?

—Lo de siempre: un accidente de automóvil. Le destrozaron por dentro, aunque no se le veían demasiadas heridas externas. Algo le aplastó brutalmente, dejándolo tendido en la calzada. Primero pensé si sería el propio forastero, pero al parecer, según comprobamos Travis y yo, sus ruedas no habían pasado del punto donde frenó, justo ante el desgraciado Craig.

—En fin, debes dejar de pensar en ello —suspiró la mujer—. Para ti, la vida sigue. Y tienes que reponer fuerzas. Te serviré aquí mismo la cena. Creo que dan algo interesante por la televisión esta noche.

—No creo que permanezca mucho viéndola —bostezó él—. Pero te agradezco que me sirvas aquí, Myrna. Al menos distraeré un poco

la imaginación mientras ceno. No me sirvas demasiada comida, por favor.

—Un día, tu trabajo va a terminar contigo —se lamentó ella, de regreso a la cocina.

Acababa de poner Alex Conway un mantel de plástico con el cubierto, la servilleta y una lata de cerveza fría sacada del frigorífico, cuando sonó el timbre de la puerta.

Conway arrugó el ceño, malhumorado. Su mujer le contempló perpleja.

—¿Y ahora quién será? —se preguntó ella.

—Nada bueno, desde luego —refunfuñó el *sheriff*—. Ve a ver.

Myrna Conway fue hacia la puerta. La abrió.

—Oh, Todd, ¿eres tú? —preguntó solícita—. Pasa, por favor. Alex está cenando…

—Lo siento, Myrna —se excusó la voz joven y fuerte de Todd Travis—. He venido hasta aquí en vez de llamar porque iba de regreso a casa cuando me informó Scott desde la estación. Creo que es urgente. Puedo recoger al *sheriff* para volverlo allí en seguida, sin pérdida de tiempo.

—¿Recogerle ahora? ¿Otra vez? —se lamentó ella, desolada—. Pero, Todd, si apenas se ha sentado, tiene que cenar…

—Lo sé, señora Conway. A mí me ocurre lo mismo. Llamé a mi madre para que me preparase todo y ahora he tenido que llamarla otra vez desde la cabina cercana, porque me retrasaré en volver, y debe acostarse ella antes de que regrese.

—Pero ¿qué mil diablos ocurre ahora, Travis? —tronó la voz de Conway desde el living—. Entra, entra, maldita sea. ¿Se han propuesto destrozarme esta noche entre todos? ¿Qué pasa ahora?

—Lo lamento, *sheriff* —se disculpó Travis, gorra en mano, entrando en el living—. Se trata de ese escritor, Mark Fisher…

—¿Otra vez él? —bramó Conway, furioso—. ¿Qué mosca le ha picado para volver a Bakersfield? Le dije que se largara de aquí cuanto antes…

—Ha regresado a la estación con un cadáver…

—¿Un… qué?

—Un cadáver, señor. El de la muchacha joven, desnuda… llena de sangre. Dice que alguien la arrojó ante su coche en la carretera de Los Ángeles…

Conway le miró con ojos dilatados, soltó una sarta de juramentos, bajo la mirada entre perpleja y angustiada de su esposa, y sin añadir palabra caminó a zancadas hasta el perchero, recogió su impermeable, caperuza de goma y cinturón con el revólver y encaminóse hacia la puerta, dando bruscas instrucciones a su ayudante.

—Vamos allá, Travis. Y si esta vez no tiene ese tipo una respuesta plausible para convencernos de su historia, juro que lo meto en una celda. Empiezo a estar harto de él. No va a convencerme de que todo el mundo pone cadáveres a su paso…

Salió, cerrando de un portazo. Lentamente, su mujer caminó hacia la cocina, mientras la voz de su marido tronaba en el exterior:

—¡No me esperes ni sirvas la cena! ¡Comeré algo por el camino, maldita sea…!

CAPÍTULO IV

—Está cometiendo un grave error, *sheriff* Conway.

—Cállese de una maldita vez, Fisher, y no me moleste más. Permanecerá ahí hasta que se demuestre ante el juez que es usted inocente de dos atropellos mortales cometidos en mi condado.

—No soy yo quien debe demostrar que soy inocente, sino usted quien está obligado a *probar* que soy culpable, *sheriff*. Conozco la forma de actuar de los caciques de las pequeñas poblaciones, como usted, pero nunca llegan demasiado lejos con sus métodos —replicó agriamente el detenido desde detrás de las rejas—. Soy un ciudadano respetable, he venido a denunciar un hecho, y no puede encerrarme por eso en una celda, como si fuese un criminal.

—Los expertos examinarán su coche y el lugar donde dice que arrojaron el cuerpo de esa chica. Esta vez va a necesitar algo más que palabras para salir bien librado de esto.

—Estoy seguro de que será capaz de manipular mi coche y coaccionar al forense o a un técnico para que digan lo que usted quiere, *sheriff* —le acusó Fisher—. Pero no se enfrenta con uno de sus amedrentados ciudadanos, temerosos de la ley que usted representa a su capricho. Esto puede costarle caro. Exijo ver a un abogado inmediatamente.

—Váyase al diablo —rezongó Conway—. Son las doce y media de la noche y no hay ningún abogado a esas horas en su despacho. Tendrá que esperar hasta mañana, ¿está claro?

—Eso es anticonstitucional y va contra la ley —replicó con acritud Fisher—. Será otro cargo a formular cuando me presente ante el juez. Y si el de Bakersfield también está mediatizado por sus procedimientos, *sheriff*, recurriré a un juez federal que ponga las cosas en su sitio.

—La jurisdicción federal no tiene nada que ver en esto, amigo —se irritó Conway, disponiéndose a dejarle allí encerrado,

ausentándose de la estación de policía—. Es un asunto de estricta competencia comarcal.

—Se equivoca, *sheriff*. ¿Se ha fijado en el cadáver de esa chica que recogí en la ruta de Los Ángeles? No solo está destrozada por dentro, sino que le han mutilado un pecho. *Mutilación, sheriff*. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Cualquier abogado puede conseguir la intervención federal por la mutilación total o parcial de un cuerpo humano, está en las leyes federales de justicia.

Conway torció el gesto, huraño. Travis le miró a la expectativa.

—Váyase al infierno —bramó al fin, sin ceder un ápice—. Me largo de aquí. Podrá reflexionar durante la noche, don Sabelotodo. Y mañana, si tiene agallas para ello, intente que los federales se metan en mi terreno y le pesará toda su vida.

—A mí no me amedrenta usted ni nadie, Conway —replicó Mark fríamente—. Recuerde que mañana estarán obligados a proporcionarme un abogado, quieran o no. Quebrantar los derechos constitucionales de un ciudadano es un delito demasiado grave, incluso para un *sheriff* de aldea.

—¡Le romperé la cabeza cuando salga de entre las rejas si sigue hablando así! —aulló Conway, furibundo, enarbolando su recio puño, virulentamente cerrado, contra los barrotes de la celda—. Vamos, Travis. Estoy deseando salir de aquí de una maldita vez por todas. Este tipo me pone enfermo.

—Sí, *sheriff* pero creo que él tiene razón —dijo tímidamente Travis—. Está en su derecho al pedir un abogado…

—¿Tú también? —se enfureció el hombre de la ley, encarándose con su ayudante—. Anda, vámonos de aquí antes de que me dé algo…

Salieron los dos hombres. Travis más disgustado que su jefe. Se cerró la puerta metálica del corredor de celdas, dejando allí solo a Mark Fisher, no lejos de otra celda donde dormitaban su borrachera tres jóvenes embriagados, producto de una redada de Conway en la zona norte de la ciudad.

El joven escritor se sentó en la litera, pensativo. No podía hacer otra cosa que esperar allí encerrado, hasta que le permitieran llamar a un abogado local. Era una medida completamente ilegal por parte de Alex Conway, pero un *sheriff*, en ciudades como Bakersfield, acostumbraba a hacer lo que les daba la gana, saltándose las reglas

a su antojo.

Cosa de media hora más tarde, la puerta metálica se abrió. Barry Scott, el joven ayudante de servicio aquella noche, entró con una taza de café, que pasó a Mark a través de los barrotes. Fisher le miró con simpatía. Era un joven delgado y risueño, con gafas de montura metálica y más aire de escribiente que de agente del orden.

No obstante, llevaba un uniforme caqui, su porra y su revólver reglamentario. Le sonrió con cierta timidez.

—Tome esto —dijo—. Le hará falta, señor Fisher.

—Gracias, amigo —suspiró Mark, tomando un sorbo de café. Miró a Scott con simpatía—. ¿Sabe de algún abogado en esta ciudad para llamarle mañana, cuando el estúpido de su jefe me autorice a ello?

—Hay tres o cuatro aquí —admitió Scott—. Pero le diré algo.

—¿Qué?

—He identificado a la muchacha muerta, la que usted trajo en su coche. Es Lynn Chalmers, una chica que llevaba poco tiempo en esta ciudad.

—¿Y bien? —Fisher enarcó las cejas, esperando a saber los motivos por los que este policía le daba tal información.

—Ella está fichada aquí, en esta oficina. Por tenencia de drogas y embriaguez. También por sospecha de prostitución, pero eso no se pudo probar.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—La sacó de apuros su hermana, en libertad bajo fianza.

—¿Su hermana?

—Es abogado de Bakersfield: Molly Chalmers.

—Vaya… —resopló Fisher—. De modo que una mujer abogado, es hermana de la chica muerta que yo he recogido en la carretera, tras arrojarla aquel vehículo…

—En efecto. Si le interesa hablar con ella… podría gestionarle eso, apenas regrese el *sheriff* a primera hora.

—¿No va a ser informada previamente la señorita Chalmers de que su hermana está en la Morgue?

—No lo creo. Conway no hará nada hasta mañana. Es su modo de actuar. Si usted se da prisa en solicitar el teléfono para su abogado, le ganará por la mano, y va a darle una buena sorpresa —sonrió Scott—. Eso sí, espero que no me delate…

—Amigo mío, eso es lo último que haría —le devolvió el vaso de café, ya vacío—. Gracias por todo, no olvidaré ese favor. ¿Por qué lo hace, Scott?

—Porque los métodos del *sheriff* no siempre son de mi gusto. Y porque usted no merece, a mi juicio, permanecer aquí toda la noche. Pero eso no puedo evitarlo. Ahora, le daré un papelito con el número de teléfono de Molly Chalmers. Apréndalo de memoria y solicite la llamada en cuanto él llegue. Será suficiente.

—Gracias otra vez, amigo —sonrió Fisher, recogiendo de manos del otro el pequeño trozo de papel con el número de teléfono—. Buenas noches…

—Hasta mañana, señor Fisher.

La puerta metálica se cerró de nuevo tras de Barry Scott. En la alejada celda roncaba uno de los detenidos. Mark Fisher leyó dos veces el número. Luego, hizo pedacitos menudos el papel y los guardó en su bolsillo.

* * *

Molly Chalmers estaba pálida, pero serena. Ojos levemente irritados, con huella de llanto, pero ahora fríos y secos. Sus manos blancas y bien cuidadas no temblaban al firmar en el registro de policía local. Los cabellos rubios, algo más claros que los de su hermana, y también algo menos rojizos, caían desordenados sobre sus hombros, lisos y suaves.

—Ya está —dijo secamente—. Libre, señor Fisher.

Mark asintió, recogiendo sus cosas de un sobre que le tendía Travis. Miró con frialdad a este y a Conway, que les contemplaba a su vez, ceñudo y hosco, desde el fondo de la oficina.

—Muy agradecido, señorita Chalmers —dijo con lentitud Mark —. Creo que podríamos presentar esa demanda federal, ¿no le parece?

—Es lo que voy a hacer inmediatamente —aseguró ella—. Mi hermana reposa en la Morgue y alguien le cortó un seno, además de aplastar su cuerpo. Es asunto del FBI, *sheriff*.

—Allá usted con el escándalo —farfulló Conway—. Si esto se hace público, la reputación de su difunta hermana no va a quedar bien parada.

—Eso a ella, supongo, ya le tiene sin cuidado. Nadie le va a devolver la vida porque se hable mejor o peor de ella. En cuanto a mí, prefiero que un asesino pague lo que hizo, al precio que sea.

—¿Asesino? —Conway enarcó las cejas—. No puede probarse que es un asesinato, señorita Chalmers.

—Yo sé que lo es, como lo sabe Fisher, mi defendido —replicó ella con sequedad—. Creo en su palabra, y si una furgoneta arrojó ante él un cadáver desnudo en medio de la carretera, es porque los asesinos quisieron deshacerse de él complicando a Fisher en el caso. ¿Y por qué lo hicieron así? Porque Fisher ya había presenciado casi otro asesinato: el de Gary Craig.

—Es una tontería muy discutible —replicó el *sheriff*—. Admito que quien atropelló a su hermana pudo ser un sádico que, además de herirla, la desnudara y mutilara, pero eso no prueba que hubiera asesinato. Y menos aún que se relacione con la muerte de Gary Craig.

—Usted sabe que sí se relaciona —fue la dura respuesta de Mark —. Él habló de unos encapuchados y de una mujer desnuda y sangrante. Ahí la tenemos ahora. Faltan solo los encapuchados. Tal vez eran los que arrojaron su cuerpo desde la furgoneta gris.

—Está libre, ya ha oído a su abogado —bramó Conway, que desde que supiera que Molly Chalmers era la representante legal de su detenido había entrado en una crisis de mal humor evidente—. Váyase de una vez. Y tenga cuidado en el futuro. Si se queda en este lugar algún tiempo, va a tener problemas en cuanto quiera entrometerse en asuntos que no le incumben.

—Puesto que estoy libre bajo fianza, tendré que permanecer aquí hasta el día de mi presencia en el juicio, ¿no es así?

—No es imprescindible —cortó Conway—. Puede irse donde quiera, con tal de que esté para la vista de su causa, dentro de ocho días, ante el juez local. Ya tiene en su poder la orden judicial correspondiente.

—Pues ya ve, *sheriff*. Yo prefiero quedarme unos días aquí —sonrió Fisher duramente—. No me gustaría marcharme sin saber qué está sucediendo en Bakersfield.

—Allá usted. Si le gusta complicarse la vida, hágalo.

Salieron de la estación de policía. Los charcos ya se estaban secando en la calle, tras el paso del temporal de la pasada noche.

Había un sol tibio y suave, asomando con timidez entre algunos nubarrones gris claro que ya no presagiaban lluvia, aunque el aire era todavía húmedo y desapacible, en especial para un clima como el de California.

—De modo que ha decidido quedarse aquí unos días.

—Sí —se volvió a mirar a la joven abogado que caminaba al lado de él. Molly Chalmers era esbelta y de bella figura. Muy atractiva para ser mujer de leyes, pensó el joven con cierto cinismo —. Me quedo por el momento.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez sea porque no me gusta hacer de chivo expiatorio. Esa maniobra de alguien, lanzando un cadáver ante mi coche cuando ya casi había arrollado a otro, solo unos minutos antes, no me gusta en absoluto. Denota alguna intención por parte de sus autores. Querían que yo atropellase un cuerpo, para justificar acaso sus destrozos interiores.

—Pero esa teoría, señor Fisher, tiene un punto débil.

—¿Cuál?

—El forense descubriría eso en seguida, apenas hiciera la autopsia al cuerpo de mi hermana. Se probaría que fue atropellada por usted cuando ya llevaba horas muerta y había comenzado el *rigor mortis*.

—Es cierto —admitió Mark—. Entonces, ¿por qué lo hicieron?

—No puedo saberlo —Molly se encogió de hombros—. Pero usted estuvo ya a punto de atropellar a su otra víctima, Gary Craig.

—Sí.

—Y usted creyó ver sombras en movimiento entre los setos, cerca de donde cayó muerto Craig.

—En efecto. Solo me lo pareció. No puedo estar seguro.

—Además, escuchó lo que el moribundo le decía.

—Sí, también.

—Todo eso puede haber inquietado a alguien. Usted podría ser un testigo peligroso para ellos. Se podían intentar dos cosas: o inculparle de algo, con lo que sería detenido y acusado, pasando un tiempo hasta que pudiera usted probar su inocencia… o atraerle *aquí*, a Bakersfield, con un pretexto.

—¿Atraerme? ¿Con qué objeto?

—Con el de tenerle a usted donde ellos quieren: justamente

aquí.

—¿Una emboscada?

La pregunta breve de Mark no sorprendió a la abogado, pero sí la hizo detenerse y mirarle fijamente. Luego, ella asintió con lentitud.

—En efecto —admitió—. Una emboscada para usted. Y tal vez caiga en ella al quedarse en Bakersfield, ¿lo ha pensado bien?

Mark Fisher pensó unos segundos en silencio. Clavaba sus ojos en las pupilas verdosas de la joven abogado, que le miraba a su vez expectante.

—Me está sugiriendo que me vaya cuanto antes de aquí, y vuelva solo para verme ante el juez —señaló Mark.

—Sí. Soy su abogado. Si quiere, le representaré en todo. Reuniré evidencias que le sirvan de segura absolución ese día. No corra riesgos, Fisher. Vaya a Los Ángeles, siga su camino.

—¿Y usted?

—¿Yo? —ella enarcó las cejas—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quisiera tomar un café —dijo bruscamente Fisher—. ¿Quiere acompañarme un momento? Ahí hay una cafetería…

—Está bien. Vamos.

Entraron en el cercano local. Se sentaron a una mesa arrinconada. Pidieron dos cafés. Cuando los hubieron servido, Molly Chalmers le miró, dando vueltas al azúcar.

—¿De qué quería hablarme, Fisher? —preguntó.

—De usted. Y de su hermana Lynn.

—Oh, eso… —los ojos se nublaron de repente. Pareció a punto de llorar, pero no lo hizo. Se reprimió, y sus labios gordezuelos se apretaron con firmeza—. ¿Qué quiere saber?

—No tengo derecho a ello. Pero usted es abogado.

—Es evidente —bromeó ella, aunque severo el gesto.

—Y su hermana, ¿qué era?

—Nada. O casi nada —suspiró—. No quiso estudiar nunca. Soñaba con el cine, el teatro y todas esas fantasías. Jamás alcanzó nada… salvo la ruina. Y al final, la muerte. Una muerte prematura, Fisher. Era dos años menor que yo.

—Lo siento, señorita Chalmers. Es un tema amargo, y más en estos momentos. Pero me hablaron de su hermana en la estación de policía.

—¿Se enteró? —ella puso un gesto sombrío—. Debí imaginarlo. Tuvo que saber de mí por alguna razón. Sí, Fisher, es cierto lo que le dijeron. La saqué de una celda por unos meses o un año. Había tenencia de drogas, embriaguez y escándalo, sospechas serias de prostitución…

—¿Todo cierto?

—Todo cierto. Lamentable, ¿no? Así era Lynn. Vivió demasiado, demasiado pronto. Dicen que las personas como ella, nunca viven demasiado.

—Pero no todas mueren así.

—No, no todas —tomó un sorbo de café—. Hay algo horripilante y atroz en la muerte de mi hermana, lo sé. Como parece haberlo en la de Craig.

—¿Sabe si había alguna relación entre ellos dos?

—¿Craig y Lynn? —negó con la cabeza—. No, no creo. Se movían en ambientes distintos.

—Al parecer, Craig no era tan respetable como dicen…

—Aun así, él iba a círculos privados, a lugares selectos… Lynn había caído muy bajo tras su regreso de Hollywood, derrotada y en la ruina total. No frecuentaba los centros selectos ni elegantes de Bakersfield. Le hubieran arrojado de ellos a patadas.

—¿Se llevaban bien usted y ella?

—Siempre la quise. Y ella a mí. Pero Lynn era una buena chica, aun con todos sus defectos. No quiso complicarme en su vida, y apenas si la veía alguna vez. Solo si estaba muy desesperada recurría a mí. Y la ayudaba en todo lo posible. Pero no era dinero ni cariño lo que necesitaba, sino cambiar de vida, abandonar todo eso, ser otra. No quiso ni supo hacerlo. Y así ha terminado… A manos de algún sádico o enfermo mental…

—Señorita Chalmers, yo no he declarado a ese *sheriff* cabezota y cacique todo lo que sé —dijo Fisher de pronto.

—¿No? —Molly le miró, enarcando las cejas—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Tengo datos que podría facilitarle a usted, no a la policía local.

—¿Qué datos?

—Conozco perfectamente la matrícula de la furgoneta que arrojó el cuerpo de su hermana ante mi coche.

—¿De veras? —los verdes ojos se animaron—. ¿Va a dármela?

—Sí —asintió Mark—. Era de California. 817 ONN. Color gris oscuro.

—Gracias —anotó eso—. Si sé algo, le informaré. ¿Dónde va a residir en Los Ángeles?

—No voy a Los Ángeles —meneó la cabeza el escritor con firmeza—. Pueden esperarme una semana. Me quedo aquí hasta comparecer ante el juez.

—Muy bien. Allá usted con sus problemas. ¿Y si es cierto lo que sospecho y le han hecho regresar con alguna oculta intención? No sería para nada bueno, supongo…

—No, supongo que no —rio entre dientes Mark Fisher—. Tal vez me atraigan aquí para hacer conmigo lo mismo que con Craig y con su hermana. Pero yo estoy en guardia. No va a serles fácil sorprenderme. Si esos encapuchados existen, van a tener trabajo conmigo, sean quienes sean.

—Allá usted, Fisher. No me gustaría asistir a su funeral —se puso en pie, con un suspiro—. Ahora, tengo cosas que hacer. ¿Le llevo a alguna parte? Su coche está confiscado para una revisión policial, ya lo sabe.

—No, gracias. Vaya a sus cosas. Yo tomaré un taxi e iré a un hotel céntrico. ¿Sabe de alguno concreto?

—Sí. Elija el Golden State. Es un buen hotel. Y yo tengo mis oficinas justo enfrente —sonrió—. Tal vez nos convenga estar en contacto con frecuencia, ¿no cree?

—Es una excelente idea —aprobó Mark—. ¿Puedo verla desde las ventanas del hotel?

—Si me asomo, sí —rio suavemente la joven—. Pero no acostumbro a hacerlo. Sin embargo, tengo una secretaria bastante aficionada a hacerlo, sobre todo si ve a algún chico atractivo enfrente. Le gustará. Es bonita y con buen tipo.

—Gracias, pero creo que preferiría verla a usted —sonrió, para ponerse luego serio, tendiéndole la mano—. Ahora en serio, señorita Chalmers. Gracias por todo. Y téngame al corriente si ocurre algo. Me gustaría poderla ayudar, porque sería ayudarme a mí mismo también.

—Igual le digo. No deje de informarme de cuanto llegue a saber, relativo a mi hermana, a Craig… o a usted mismo, en relación con

este asunto. En mi tarjeta tiene el teléfono de mi oficina y el mío particular. No dude en llamarme a cualquier hora.

Se separaron. Molly Chalmers se alejó en un deportivo azul, cerrado, y Mark tomó un taxi, para dirigirse al Hotel Golden State, situado en la avenida del mismo nombre, cerca de Royal Palms.

Se alojó allí, pagando una semana por anticipado, ya que no llevaba equipaje. Todo le había sido confiscado por el implacable Conway, junto con su coche, para la revisión técnica que detectase su posible intervención en los dos atropellos mortales.

Después, salió a adquirir ropa y útiles de aseo nuevos, lamentando no poder reponer el arma que, mientras durase su libertad bajo fianza, también había sido incautada por la oficina del *sheriff*.

Permanecer en Bakersfield sin ir armado, tal vez era una temeridad. Algo le decía que el peligro que acabó con las vidas de Gary Craig y de la infortunada Lynn Chalmers, podía afectarle a él en cualquier momento. Era un peligro extraño, inquietante. Craig decía que eran encapuchados asesinos. Él solo había intuido sombras en movimientos, como espectros o fantasmas agitándose bajo la lluvia.

¿Eran realmente seres humanos o demonios inmateriales los que habían llevado tan calladamente la muerte y el horror a la pequeña y tranquila población de Bakersfield?

Eso era lo que estaba aún por ver. Y algo le decía a Mark Fisher que no iba a transcurrir mucho tiempo sin que alguna cosa sucediera.

Ese presentimiento cobró una inquietante confirmación cuando, de regreso al hotel, recibió una llamada. Era Molly Chalmers. Su voz sonaba serena pero tensa.

—¿Está seguro de la matrícula que me facilitó, Mark? —fue su pregunta.

—Sí —afirmó él—. La recuerdo muy bien: 817 ONN. Placa de California.

—¿Furgoneta gris oscuro con puertas posteriores?

—Exacto, sí. ¿La ha localizado?

—En efecto. Y la respuesta no va a gustarle.

—Adelante con ella. Dígamela.

—Esa furgoneta pertenece al servicio funerario de la ciudad. Es

un vehículo para el traslado de ataúdes.

CAPÍTULO V

Se llamaba Sidney Oland. Era alto, flaco, pálido como los cadáveres que pasaban por su negocio.

Se quedó mirando a su visitante con expresión distraída, como si lamentara que en esta ocasión se tratase de alguien que venía caminando por su propio pie, y no de un cliente para sus lujosos y bien cuidados féretros en la amplia y lúgubre trastienda de su negocio, entre cortinas moradas y velones de cera de todos los grosores y tamaños. Luego, meneó la cabeza en sentido negativo.

—Lo lamento, señor… —dirigió una ojeada a la tarjeta de visita, antes de añadir—: El… señor Fisher. No creo que pueda ayudarle en absoluto. Anoche no hicieron ningún servicio de traslado de féretros, se lo aseguro.

—Pero la furgoneta de matrícula 817 ONN saldría a hacer algún servicio, sin duda alguna…

—Rotundamente, no —rechazó Sidney Oland, propietario de la Agencia Funeraria de Bakersfield—. Han debido informarle mal, créame.

—Insisto, señor Oland. Yo mismo vi esa furgoneta en la carretera de Bakersfield a Los Ángeles, la Interestatal número cinco.

—¿Está seguro de eso? —dudó Oland, arqueando sus cejas y clavando sus ojillos brillantes, lo único con apariencia de vitalidad que había en su flaco y amarillento rostro, en el joven visitante.

—Por completo.

—¿A qué hora ocurrió tal cosa?

—Era casi medianoche. Digamos las once, poco más o menos.

—¡Las once de la noche! —hizo un ampuloso ademán con sus dos brazos, largos y simiescos—. ¡Imposible, señor Fisher! A esas horas, mi negocio está cerrado… a menos que haya, naturalmente, un servicio que hacer en esos precisos instantes. En ese caso, basta que pulsen el botón de la entrada, y un conserje nocturno abre para

atender la petición del cliente.

—¿Anoche no ocurrió tal cosa en ningún momento?

—En ninguno, señor Fisher.

—¿Ni hubo traslado de algún féretro, pongamos por caso?

—Tampoco —Oland parecía empezar a mostrarse molesto por tanta pregunta—. Mire, le estoy atendiendo en todo esto porque la señorita Chalmers me lo ha pedido, al tiempo que… ¡ejem…! al tiempo que me encargaba un buen féretro para su infortunada hermana. También me ocuparé del señor Craig. Hay días en que tengo mucho trabajo, y este es uno de ellos, de modo que le agradeceré termine lo antes posible con sus preguntas, porque debo dedicarme a mi tarea.

—Termino en seguida —dijo secamente Mark—. Señor Oland, ¿quién puede sacar de su garaje ese coche funerario y conducirlo a placer por la ciudad?

—Nadie. Absolutamente nadie, señor Fisher —cortó fríamente el dueño de las pompas fúnebres—. Solamente yo. Y puedo asegurarle que no hice tal cosa anoche en ningún momento. Entre otras razones, porque estaba algo indispuesto a causa de un enfriamiento, y mi esposa tuvo que atenderme, dándome una tisana caliente al meterme en la cama antes de las diez. Ella permaneció toda la noche en casa mientras yo descansaba, hasta la hora de acostarse, y puede confirmar cuanto le he dicho.

—Está bien, gracias —Fisher sintió cierto desaliento ante lo negativo de sus preguntas—. Pero algún empleado suyo, sin usted saberlo, acaso pudo…

—De ninguna manera —atajó él con aspereza—. Solo yo tengo la llave del garaje y del almacén cuando estoy en casa. En la tienda quedan siempre cuatro o cinco ataúdes para que el conserje de noche atienda a un posible visitante con urgencia, y eso basta. De lo demás, me ocupo personalmente yo. ¿Complacido, señor Fisher?

—Sí, gracias —suspiró Mark, aunque estaba lejos, muy lejos en realidad, de sentirse complacido en lo más mínimo.

Y abandonó la elegante y tétrica tienda de ataúdes y adornos funerarios de Sidney Oland, regresando al hotel con mucha menos moral de la que había llevado al salir de él en busca de su primera pesquisa seria en torno a aquel asunto macabro que lograba obsesionarle.

Se encontró con la propia Molly Chalmers esperándole en el vestíbulo del Golden State, acompañada de una joven morena, algo llenita, de prominentes pechos y caderas acentuadas, cuyos ojos, oscuros, sonreían tanto casi como sus gordezuelos labios y el hoyito encantador de su barbilla. Molly llevaba un portafolios en su mano, y otro más voluminoso su bonita acompañante.

—Estaba aguardándole, Fisher —dijo la joven abogado—. Le presento a Rosemary Yates, mi secretaria.

—Hola —saludó Mark jovialmente, mientras la muchacha morena sonreía más ampliamente, con un movimiento de cabeza—. ¿Algo nuevo, señorita Chalmers?

—Sí. Los peritos no han encontrado nada sospechoso en su coche, Fisher. Pero van a someterlo a nuevas pruebas. Creí que eso le interesaría. No pueden acusarle de nada, puesto que usted no atropelló a nadie, según se deduce de esa primera revisión.

—Vaya, ya era hora de oír algo agradable —suspiró Mark—. Yo he hablado con Oland ahora mismo. Nada de nada. Asegura que no se movió su furgoneta en todo el día. Y que solo él tiene la llave del garaje. Anoche no salió de casa. Tiene coartada. Estaba enfermo y su mujer le cuidó, acompañándole en la vivienda.

—Entiendo. Alguien, de todos modos, debió sacar esa furgoneta de allí por razones que ignoramos, ¿es eso lo que piensa?

—Por supuesto. Pero será difícil probarlo.

—Todo es difícil en este asunto —murmuró ella, asintiendo con la cabeza—. He hablado con el doctor Kirby, que es el forense de Bakersfield. La autopsia de ambos cuerpos se hará hoy mismo. Pero aparentemente, ambos fueron muertos por el peso de algo que hundió su tórax, causándoles lesiones de mortal gravedad. Lo lógico, según el doctor, es que ese algo fuese un automóvil. Pero no está seguro de ello, porque no ve huellas de neumáticos encima, ni señales de atropello en la epidermis.

—Pues no hay muchas cosas que puedan causar tales destrozos a una persona.

—Es lo que él dice también. Sabremos algo esta noche o mañana.

—¿Cuándo será el funeral por su hermana?

—Pasado mañana, con toda seguridad. Antes será difícil por los trámites forenses ordinarios. Pasemos a otra cosa, Fisher. He estado

haciendo averiguaciones sobre las actividades de mi hermana en estos últimos tiempos. Rosemary me ha ayudado a recoger información al respecto. He venido con ella para presentársela, porque si quiere usted seguir adelante con su plan, e investigar de modo particular y personal el asunto, sería posible que ella le sirviese de ayuda.

—Me encantará tener una ayudante así —afirmó Mark con maliciosa galantería, contemplando los indudables y generosos encantos personales de la secretaria de su abogado.

—Bien, pues entonces vayamos adonde nadie pueda oírnos, Fisher, y hablemos de ello —atajó Molly Chalmers con sequedad profesional.

Las condujo a una arrinconada mesita en el bar del hotel, donde los tres se acomodaron. Pidió unos martinis, y esperó. Molly no tardó en exponer los hechos en voz baja y apagada:

—Mi hermana… ya sabe que no tenía antecedentes demasiado buenos.

—Sí, lo sé.

—Pero últimamente, hacía algo más que tomar droga o acostarse con uno que le gustara. Al parecer, había querido empezar a rehabilitarse socialmente.

—¿De veras? —Mark enarcó las cejas.

—Sé que le extrañará. Un drogadicto rara vez se rehabilita por propia iniciativa y sin una ayuda exhaustiva de los demás. Pero Lynn parecía en el camino. Al menos, esos son los informes que tengo.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Por la vía esotérica.

—¿Esotérica? —Mark mostró perplejidad—. ¿Quiere decir que recurrió a algún culto en particular para regenerarse por medios religiosos?

—Exacto. Increíble, ¿no?

—Si le iba dando resultados…

—Al parecer, sí. Al menos, eso es lo que dice el Muy Venerable Hermano Basil Randolph.

—¿Muy Venerable Hermano? ¿Qué significa eso?

—Sabe que vivimos en el país de las sectas religiosas —suspiró Molly—. Esa es una de ellas. La dirige el Muy Venerable Basil

Randolph, Hermano Superior de su culto, y a esa secta pertenecía últimamente mi hermana.

—¿Qué nombre tiene la secta, en particular?

—Tan complejo y extraño como su director espiritual: el Culto de la Carne Sangrante.

—Culto de la Carne Sangrante… —se estremeció Mark Fisher involuntariamente—. Cielos…

—¿Qué le pasa? ¿Eso le dice algo? —preguntó Molly Chalmers rápidamente.

—No, nada. Solo que, por un momento, recordé un cuerpo humano, desnudo… y su carne ensangrentada…

—Ya entiendo —el rostro de la joven abogado se nubló, y sus ojos parecieron repentinamente grises, en vez de verdes—. Mi hermana, ¿no…?

—Sí —asintió Mark, ceñudo—. ¿Por qué ese truculento nombre?

—Según sus adeptos, no tiene el significado que nosotros podríamos atribuirle. Aseguran que la carne del ser humano sangra por los pecados, y que la misión de una fe nueva y profunda que limpie al hombre de esas lacras, puede limpiar de sangre la pureza corporal del ser humano, aunque también en esa dura prueba, la carne sangra por el dolor del arrepentimiento y del retorno a la verdad.

—Vaya… —murmuró Mark Fisher—. ¿Se ha aprendido todo eso de memoria, señorita Chalmers, o usted también se sintió ganada por semejante doctrina?

—Me he leído dos veces el folleto —sonrió ella, hurgando en su portafolios hasta extraer de él un impreso a ciclostil, burdo y lleno de dibujos ingenuos en torno a una luz celestial, cuerpos humanos goteando sangre y la beatífica presencia de un monje impoluto y blanco, alzando sus brazos para acoger a todos los sangrantes descarriados.

—Un monje… —murmuró Fisher, clavando sus ojos en el dibujo.

—Ya lo he notado. Pero viste de blanco y lleva su caperuza alzada, dejando ver el rostro. No parece inquietante.

—De modo que este es el Culto de la Carne Sangrante… —comentó Mark, pensativo, leyendo las fáciles y truculentas afirmaciones allí impresas, firmado todo ello por el Muy Venerable

Hermano Superior, Basil Randolph—. ¿Cómo supo de su existencia?

—Rosemary y yo hemos visitado el cuarto que tenía alquilado mi hermana en una casa de huéspedes de un barrio suburbano de Bakersfield. Allí tenía folletos, un cinturón con calaveras talladas en plástico y otras lindezas de la secta. En una tarjeta, figuraba la dirección del recinto esotérico. Y allá fui, entrevistándome con el Muy Venerable.

—¿Es legal, entonces?

—¿La secta? Sí. Está registrada de forma legal en el Condado.

—¿Qué clase de tipo es él?

—¿Basil Randolph? —Molly hizo un gesto ambiguo—. Absurdo. Esa es la palabra, sí: absurdo. Uno no sabe si está ante un auténtico convencido de lo que dice, o ante un farsante de primera categoría.

—Tal vez sea más fácil la segunda posibilidad que la primera. Esa clase de santones que inventan sectas religiosas, suelen ser más vividores aprovechados que verdaderos fanáticos. ¿Admitió que su hermana pertenecía a la secta?

—Sí. Él la llama Hermana Iniciada Lynn. Es todo. Allí pierden su apellido los adeptos. Si alguno se llama de igual forma que otro, le añaden otro nombre para diferenciarlos. Por ejemplo, si hay dos Jane, pongamos por caso, una será Jane y la otra Jane Mary, ¿comprende?

—Si —Mark arqueó las cejas, mirando pensativo a su abogado. Indagó, rápido—: Usted ha citado a su hermana Lynn. Y me ha dado ahora un nombre de mujer. ¿Eso significa que solo admite mujeres en su secta?

—Exacto —ella le contempló a su vez, sorprendida—. ¿Cómo lo supo?

—Fue un simple presentimiento. Ese tipo podría ser algo más que un pillo o un fanático: podríamos estar ante un sátiro, un obseso sexual o un aprovechado libertino adornado con ropajes esotéricos.

—Ya lo pensé —asintió Molly—. Pero todo el tiempo que estuve ante él, no me miró como lo haría uno de esos. Y hasta llegué a cruzarme de piernas así. No creo que las tenga tan feas como para que ni me mirase…

Y Mark, al mirar las piernas de su abogado, cruzadas ahora con descuido, tuvo que admitir que ella tenía razón.

—Son preciosas —aceptó—. Yo sí las miraría. Y no soy un sátiro.

—Pues él ni se inmutó. No dirigió una sola ojeada a mi persona que no fuese indiferente y casi aburrida.

—Usted sugirió que puede ser un buen actor y saber fingir muy bien, ocultando sus verdaderas emociones.

—Quizá. Por eso he venido a verle con mi secretaria. Usted podría entrevistar a ese hombre y descubrirle algo que a mí se me pasó inadvertido. Como escritor, debe tener una buena dosis de psicología, Fisher. Además, me parece usted un hombre observador e inteligente.

—Es muy amable, señorita Chalmers. ¿Qué puedo pintar yo en todo eso, si él solo admite ovejas descarriadas que lleven faldas?

—Usted podría ser el hermano o el marido de Rosemary —señaló a su secretaria—. La lleva a él, diciendo que le han convencido sus palabras y desea que ella sea conducida a la senda recta, que abandonó de alguna forma últimamente. Él no conoce a mi secretaria. Y Rosemary podría interpretar un buen papel ante ese hombre, fingiendo hacerse adepta de su culto.

—No es mala idea —admitió Mark, pensativo, mirando de soslayo a la morena y curvilínea muchacha—. Pero podría ser un riesgo para ella…

—¿Un riesgo? —dudó Molly.

—Recuerde a su hermana: ella era una adepta de ese culto. Y ahora está muerta…

—También lo está Craig. Y él no podía pertenecer a la secta.

—¿Usted está dispuesta a correr el riesgo, señorita Yates? —preguntó a la secretaria.

—Por supuesto —sonrió ella—. No me dan miedo los hombres, se lo aseguro. Soy una chica fuerte, liberada, sin complejos ni tabúes… y sé judo y algo de karate.

—Muy bien —admitió Mark, meditabundo—. Usted es quien acepta el juego. Imagino que todo eso le servirá de algo cuando esté sola con el tal Randolph y con otras posibles fieles de la secta.

—Sé fingir bastante bien —rio la morenita risueñamente, guiñándole un ojo—. He sido actriz aficionada en el colegio. ¿Por qué se preocupa tanto de mí?

—Me preocupa siempre una mujer en apuros. Y más aún si es atractiva y joven.

—Gracias por el piropo, señor Fisher. Creo que usted y yo vamos a hacer una pareja muy compenetrada, mientras dure este juego.

—Recuerde que no es exactamente un juego. Y que el premio podría ser, en todo caso, la propia muerte. No sabemos nada de esa secta ni de su director espiritual. Solo sabemos que la hermana de su jefa, la infortunada Lynn Chalmers, murió horriblemente anoche, y su cuerpo aparecía ensangrentado, como el culto de ese tipo. Puede ser simple coincidencia o un indicio aterrador, señorita Yates.

—Lo tengo en cuenta. Y, por favor, no me llame así. Si vamos a fingir que somos una pareja bien avenida, hemos de tratarnos con más familiaridad. Llámame Rosemary, simplemente. Y yo te llamaré Mark. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —gruñó Mark Fisher—. ¿Cuándo empezamos?

—Eso es cosa suya —dijo Molly, poniéndose en pie—. Salgan los dos por ahí un rato, que la gente les vea juntos. Yo llevaré ese otro portafolios a mi oficina, Rosemary. Y recuerda: si algo te preocupa o algo raro sucede, llama en seguida a Fisher o a mí, pero sin cometer imprudencias, ¿está claro?

—Sí, señorita Chalmers —asintió la joven secretaria—. Así lo haré, no tema.

La abogado se ausentó, dejando solos en la mesita del bar a Fisher y a su secretaria. Ambos jóvenes se miraron. Sonriente, Rosemary se sentó junto a él ahora. Y pegó su pierna a la de él. Mark notó la proximidad de la tibia carne femenina, apretando la suya. Los erguidos y poderosos senos de la muchacha se apoyaban en el borde de la mesa, tal era su volumen.

—Me gustará más hacer el papel de tu novia o amante —confesó —. Lo de hermanita no me va. Y menos con un tipo tan estupendo como tú, Mark.

Dicho esto, se inclinó hacia él, puso una mano en la rodilla de Fisher, y aplastó su carnosa boca en la del joven escritor. Fisher no la rechazó. Hubiera sido un acto de mala educación, pensó rodeando con su brazo a la muchacha y atrayéndola hacia sí todo lo que aquellos generosos pechos podían permitirlo al interponerse entre ambos.

Evidentemente, Rosemary Yates se tomaba muy en serio su papel en aquella peligrosa farsa. Pero quizá era necesario saber

fingir como ella lo hacía. Sí es que estaba fingiendo mientras hundía su lengua en la boca de él, convirtiendo el beso en un contacto ardiente y sensual.

CAPÍTULO VI

El individuo era, ciertamente, absurdo.

Absurdo. Era la palabra que había utilizado para describirle Molly Chalmers. Y Mark Fisher estaba totalmente de acuerdo con ella.

Jamás había conocido a nadie como el tal Basil Randolph, el Muy Venerable Hermano Superior del Culto de la Carne Sangrante.

El pequeño templo no era más que un *cottage* en las afueras de Bakersfield, exactamente en Panorama Drive, junto a la carretera que conducía al aeropuerto de la ciudad, el Meadows Field-Kern Corporation. Sobre el tejadillo de la pequeña propiedad cercada de jardines, se había montado una especie de rara cruz con tres brazos a cada lado, cada uno de los cuales era más corto que el anterior en sentido ascendente. En medio de esa cruz, brillaba una lámina triangular de color dorado vivo, como un destello divino, al ser herido el metal por la luz solar.

En la puerta, una serie de mensajes presuntamente esotéricos, aparecían grabados en láminas de metal, y adheridos a la madera. El llamador era una pieza de bronce con la forma de unas manos unidas en plegaria.

Apenas golpearon con ellas, el ruido retumbó en su interior, provocando a su vez un sonido musical de campanilleo, quizá gracias a un juego de resortes conectados entre sí.

La puerta se abrió sin que nadie la manipulase. Dentro, se oían salmos y coros, con fondo de órgano. Mark sonrió, notando que la mano de Rosemary que se apoyaba en su brazo, se hacía más crispada, como si de repente le fallara su seguridad en sí misma.

—Calma —susurró—. Simple juego electrónico para abrir la puerta y poner la música en marcha. Sabe que eso impresiona a sus visitas.

La joven pareció tranquilizarse. Dentro de la casa, todo era

umbrío y tranquilo. Al fondo, una luz brillaba tras unos cortinajes oscuros. De allí procedía el sonido musical. Una voz hueca, profunda y solemne, brotó de pronto de los ocultos amplificadores, volviendo a sobresaltar a la muchacha:

—Pasad, hermanos. El Muy Venerable Hermano Superior acoge siempre con sus brazos abiertos a quienes de él necesitan. Pero solo las mujeres, criaturas débiles y manipuladas por la maldad natural del Hombre, pueden tener cabida en mi regazo y llegar a la pureza suprema de la salvación, salvando el duro sacrificio de que su carne sangre en señal de penitencia…

Avanzaron hacia la cortina. Esta se descorrió igualmente, sin que nadie la tocase, mediante los trucos electrónicos de los que la casa parecía repleta, para admiración de los ingenuos.

—Sigamos —invitó en voz baja Mark—. Todo es pura carpintería teatral, Rosemary. Una serie de trucos fáciles y nada más.

Llegaron al fin a presencia de Basil Randolph. Sentado ante un órgano que él no tocaba aunque fingía hacerlo muy bien, mientras una cassette actuaba en su lugar, uniendo los acordes del solemne instrumento a los de las voces corales, les recibió el grotesco personaje.

—Pasad, pasad, hermanos —invitó, alzando un brazo majestuosamente, sin dejar de deslizar el otro por el teclado—. Soy con vosotros en el acto.

Vestía, en efecto, una larga túnica blanca, de monje, y caperuza igualmente blanca, que permitía ver claramente su rostro alargado y sorprendente. Los ojos saltones eran de un azul palidísimo, casi incoloro. La nariz ganchuda, la boca larga y de ancha mandíbula, la barbita recortada, como de un chivo, mitad canosa, y mechones lacios de pelo también grisáceo, colgando bajo la caperuza, como un flequillo, completaban su singular aspecto. Por si eso fuese poco, del extremo de su corva nariz, pendía un anillo dorado, incrustado en un orificio hecho entre ambas fosas nasales, en su cartílago.

—Yo, Basil Randolph, os doy la bienvenida, hermanos —habló, coincidiendo con los últimos acordes de la grabación que él fingía interpretar. Se incorporó, y Mark se dijo que no andaba lejos de los dos metros de estatura, a menos que la larga túnica hasta el suelo no ocultase astutamente alguna clase de alzas o de enormes tacones,

que quizá justificasen su modo torpe y lento de moverse hacia ellos, con sus huesudas y largas manos extendidas beatíficamente—. Venid aquí, reclinaos y hablad sin temor conmigo, enviado por el Señor para devolver la paz y la pureza espiritual a las pobres e involuntarias pecadoras que el mundo corrompe con su maldad.

Eran reclinatorios y no asientos lo que había ante él. Pero Mark no dudó en arrodillarse en uno de ellos, con Rosemary a su lado, evidentemente sobrecogida por el cariz entre grotesco y solemne de aquel recibimiento, esperando iniciar su falsa historia con aquel santón de opereta que resultaba ser el Muy Venerable Hermano Basil Randolph.

Una vez aposentados ambos delante de su anfitrión, este puso ambas manos sobre las dos cabezas, en forma paternal, e invitó con voz profunda y cálida:

—Ahora, habladme de vuestros problemas, hermanos. Decidme qué os atormenta para venir hasta mí…

Mark comenzó a hablar lentamente, como si todo aquello le impresionara de verdad y no encontrase palabras adecuadas para exponer su caso:

—Verás, Hermano… Me hablaron de ti y de tu culto maravilloso… No es para mí para quien solicito ayuda, porque sé que solamente criaturas débiles, como las mujeres que hacemos víctimas de nuestra perversión, pueden ser acogidas bajo tu divina protección, Hermano. Pero mi… mi novia Rosemary… te necesita. Y yo no he dudado en traerla aquí para que le des la paz de espíritu que necesita.

—Tu novia Rosemary… El lenguaje del hombre es siempre perverso y torpe —sentenció el tipo con aire solemne—. Sé que hablas de concubinato, de vicio y sexo entre tú y esta jovencita entregada al deseo lascivo que tú exiges de ella. Sois amantes, y como tales debéis presentaros, sin mentir a vuestro Hermano Superior… Habla tú ahora, criatura corrupta… ¿Qué deseas de mí y del Culto de la Carne Sangrante que represento, para venir a verme con tu amante?

—Yo… yo, Hermano Superior, deseo volver al buen camino, no pecar de nuevo por culpa de mis vicios y de mis debilidades. No deseo seguir siendo concubina ni beber alcohol en orgías de vergonzosa naturaleza…

—¡Tu voz será escuchada si tienes fe y valor para iniciar tu prueba! —clamó el Hermano Superior—. Yo te ayudaré a ello, hermana Rosemary, con todas mis fuerzas, si esa es tu voluntad. Sangrará tu carne con el dolor del arrepentimiento y de la redención espiritual y física, pero esa sangre te purificará un día ante el Señor. Y tú, hombre impúdico, cumplida tu misión de arrepentimiento, ¡vete! Solo hay lugar para la hermana Rosemary en la casa del culto y de la fe.

—Pero, Hermano, yo…

—¡Vete! —majestuoso, señaló con su brazo rígido hacia la salida, solemne y casi amenazador—. El Señor reconocerá tu mérito en intentar devolver la pureza a un alma noble, y eso será todo. Pero el Culto de la Carne Sangrante no bastaría para lavar todos los pecados de los hombres que conducen a la débil mujer a la perdición… ¡Fuera de aquí, hermano! Y el Señor te acompañe…

Mark Fisher se incorporó. Sentía cierto desasosiego dejando a Rosemary en manos de aquel individuo, acaso farsante, acaso pervertido. Pero no podía hacer ya otra cosa. Ella le guiñó con rapidez un ojo, y él se incorporó, dirigiéndose con gesto abatido hacia la salida.

La cortina se corrió de nuevo silenciosamente. Y la atractiva secretaria de Molly Chalmers se quedó allí dentro, en compañía del grotesco individuo.

Ahora solo quedaba esperar información sobre el curso de aquella aparente religión, culto o lo que fuese, a través de la propia Rosemary. Y confiar en que no sucediera lo peor en cualquier momento.

* * *

Molly Chalmers no estaba en su oficina cuando él regresó al hotel. Llamó en repetidas ocasiones y nadie cogió el teléfono. Por la ventana no descubrió a nadie en el bufete. Su secretaria, Rosemary, estaba ahora ocupada en otros menesteres que cuidar de la oficina.

Bajó al vestíbulo, para dirigirse al comedor y cenar. Era pronto aún, y optó por tomar un aperitivo en el bar. Pasaba junto al mostrador de recepción, cuando la voz femenina atrajo su atención:

—Perdone. ¿Puede indicarme dónde se aloja el señor Mark

Fisher?

Giró la cabeza, sorprendido. La dama que interrogaba de ese modo al conserje del Golden State, le era perfectamente desconocida. Pero, eso sí: era una mujer madura, elegante y con atractivo.

—Yo soy, señorita —dijo acercándose a la desconocida.

—Señora —se volvió ella, entre sorprendida y satisfecha, dirigiéndole una sonrisa cortés—. Soy la señora Viveca Asher. La esposa de Coleman Asher, alcalde de Bakersfield.

—Señora Asher… Es un placer —se inclinó, besando aquella mano—. Pero no logro entender por qué sabe usted mi nombre ni la razón de que pregunte por mí…

—Las noticias vuelan en un sitio como este —sonrió ella más ampliamente. Tenía una boca sensual, de labios carnosos, ojos color ámbar y cabello rojo suave, muy bien peinado. Vestía elegantemente un traje sastre a rayas, con blusa de seda azul. No tendría más de cuarenta años, pensó Mark. Pero con el tipo de una mujer de treinta—. Sabemos que es usted escritor. Y hemos descubierto dos de sus obras en la biblioteca pública de Bakersfield.

—¿De veras? —se sorprendió Mark, mirándola desconcertado—. Pero… pero si yo solo escribo relatos de evasión, cosas ligeras y nada literarias…

—Nuestra biblioteca está muy bien surtida, señor Fisher. Posee un departamento especialmente dedicado a la literatura de evasión juvenil. En ese departamento hallamos sus libros: «Intriga en Hawai» y «Los alegres agentes de la guerra fría».

—No son de los mejores —Mark torció el gesto.

—Oh, eso no importa —rechazó alegremente la dama, apoyando con toda cordialidad una mano suya, pulcra y bien manicurada, sobre el brazo del joven—. Lo que cuenta es que un escritor que edita en Nueva York, y del que se dice en la contraportada de uno de los libros que va a escribir una serie para televisión en Hollywood, está ahora en Bakersfield como huésped de nuestra ciudad.

—«Huésped», señora Asher, no sería precisamente la palabra adecuada para mi caso, se lo aseguro —sonrió sarcástico Mark.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a afirmar ella, algo nerviosa, apretándole el brazo—. Me he enterado de todos lo pormenores, y

he informado a mi esposo de ellos. Me ha prometido que hablará con el juez Parker, de quien es muy amigo, y con el *sheriff* Conway, para que no vuelva a ser molestado, y de no mediar pruebas muy concretas de una posible culpabilidad suya, será sobreseída su causa sin más.

—No sé cómo agradecerle, señora, que siendo un perfecto desconocido para usted, se haya dignado ayudarme de ese modo…

—Oh, no crea que mis influencias en favor suyo van a ser gratuitas —rio ella de buena gana—. A cambio de todo eso, vengo a verle a usted para pedirle un gran favor, señor Fisher.

—Si está en mi mano facilitárselo…

—Lo está, desde luego. Solo usted puede responderme afirmativamente a lo que voy a pedirle.

—En ese caso… pídamelo, señora Asher.

—Está bien —con aire triunfal, le informó ahora—: Señor Fisher, espero su presencia en nuestro club mañana por la tarde.

—¿Mañana? ¿Su club? —pestañeó Mark—. No entiendo…

—Verá. Tenemos una asociación femenina en Bakersfield. Se llama el Club de Cultura de las Damas Caritativas de Bakersfield. La señora Conway, la esposa del *sheriff*, pertenece también al mismo, y es quien me habló inicialmente de usted. De modo que aquí estoy para suplicarle se digne pronunciar una conferencia en nuestro club, y firmar ejemplares de sus libros o, en su defecto, las invitaciones que hoy mismo haré imprimir si usted me concede tal honor.

—Pero, señora Asher, yo no soy un erudito ni un gran escritor. Solo hago obras de evasión, entretenimiento puro, ya sabe…

—No podíamos esperar que un Premio Nobel pasara por Bakersfield. Pero le aseguro que todas deseamos verle en el club y escuchar su charla, que no necesita ser profunda ni filosófica, sino limitarse a narrarnos su modo de escribir, sus experiencias todo en plan sencillo y ameno. Sería tan hermoso poder celebrar así el aniversario de la fundación de nuestro club…

—Está bien —suspiró Fisher—. Procuraré quedar lo mejor posible, pero no les puedo garantizar que mi charla sea brillante ni realmente sugestiva.

—¡Oh, gracias, gracias! —le tomó ahora las manos con toda efusividad, brillantes sus ojos ambarinos de placer—. No sabe la

alegría que voy a darles a todas cuando les hable de esto y les garantice su presencia mañana, en el club… Voy a encargar de inmediato las invitaciones… ¿Le parece bien que la conferencia sea a las cinco y media?

—Sí, perfectamente. A las cinco y media —admitió Mark, resignado.

* * *

Cheryl Ulmer pisó la acera. Miró en torno, preocupada, tensa. Sus ojos tuvieron un destello de inquietud que hubiera sorprendido a sus habituales acompañantes del Club 2000. La tenían por una muchacha alegre, complaciente y divertida. Ahora, Cheryl estaba mostrándose muy distinta.

De haberse fijado alguien en ella, hubiera observado que estaba angustiada, nerviosa. Casi asustada. En sus manos se arrugaba un ejemplar del «Bakersfield News» de aquel día. En primera plana, la noticia que era comidilla de la pequeña ciudad californiana en las últimas horas:

DOBLE HOMICIDIO MISTERIOSO:

GARY CRAIG, UN RESPETABLE CIUDADANO,

Y UNA MUCHACHA DE EQUIVOCADA CONDUCTA,

LYNN CHALMERS, APARECEN SIN VIDA,

CON HORRIBLES DESTROZOS INTERNOS.

Cheryl había dudado mucho ante de tomar una decisión. Pero ahora ya estaba decidida. Total y absolutamente decidida. Aquellos trágicos hechos publicados en primera página del diario local, la habían decidido de forma tajante.

—Tengo que hacerlo —murmuró—. ¡Tengo que hacerlo! Gary me habló de ello, mencionó algo… pero nunca pude suponer que fuese algo tan terrible… Estoy convencida de que se relaciona con lo que él dijo… No puede ser de otro modo…

Decididamente, metió el periódico en su bolso y echó a andar con decisión hacia la cercana parada de taxis. Iba a hacer una visita al *sheriff* del condado. Estaba decidida a ello. Era preciso que la muerte de Gary se aclarase, que aquel oscuro y horrible suceso

tuviera su solución. En cierto modo, era como hacer justicia. Ella, al menos, pensaba así. Y así iba a obrar ahora, de forma resuelta y enérgica.

Cruzó la calle. Esta noche no llovía, como la anterior, en que viera por última vez a Gary Craig. Pero la muchacha del Club 2000 se sentía tan sola caminando ahora en la noche oscura y nubosa, con cierto aire desapacible, como la anterior al despedirse de Craig, cuando nunca podía imaginar que ya no vería de nuevo a aquel hombre vital, amable y afectuoso que era su último amigo de las tardes íntimas del club privado.

La parada de taxis distaba dos manzanas de allí. Cruzó la calzada y pisó la otra acera sin reducir la velocidad de sus pasos, breves y rápidos. Llegó a la siguiente esquina. Un pasaje oscuro y angosto era lo último que debía cruzar, antes de llegar a la manzana formada por un edificio actualmente en construcción, al final del cual estaba el parking de taxímetros de aquella zona. Vio tres o cuatro coches aparcados, y apresuró el paso. Deseaba estar cuanto antes en la oficina de la ley para informar de lo que sabía, y que podía dar un nuevo cariz a la muerte inexplicable de Gary Craig… y también de aquella infortunada muchacha, Lynn Chalmers, a la que Cheryl recordaba de una ocasión en que coincidiera con ella en un sitio poco recomendable.

Nunca llegó Cheryl Ulmer al anhelado taxi que la llevase a presencia del *sheriff* de Kern County.

De las oscuras zonas del callejón que cruzaba en ese momento, surgieron varios brazos, rápidos y fuertes. Manos envueltas en flotantes mangas anchas de color oscuro, aferraron a la muchacha. Ella intentó gritar, al sentirse atraída hacia aquellas tinieblas profundas. Una o dos de aquellas manos cubrieron su rostro y boca, amordazándola sin contemplaciones. Las demás tiraban de ella, sujetando sus brazos y cintura, e incluso sus piernas. Fue sumergida virtualmente en la profunda oscuridad del callejón, donde sus pataleos, jadeos y esfuerzos se ahogaron entre una verdadera telaraña de brazos y manos hábiles y casi brutales, que la redujeron a la impotencia, arrojándola de bruces al suelo. Allí se sintió maniatada con las muñecas a la espalda, y otras ligaduras sujetaron sus tobillos. Intentó chillar, mordiendo una mano, pero alguien la golpeó salvajemente en la sien, y se quedó aturdida, medio

inconsciente.

Inmediatamente después, un paño empapado en algo dulzón y embriagador le fue aplicado a boca y nariz. Intentó contener la respiración, evitar la absorción de aquel aroma que anulaba sus sensaciones y su voluntad.

No le fue posible. Cheryl Ulmer cayó de bruces en el asfalto de la callejuela oscura. Estaba por completo inconsciente. Las manos de aquellas sombras oscuras, envueltas en flotantes hábitos que se fundían en la oscuridad, la alzaron en vilo.

Luego, en silencio, fue conducida a una furgoneta aparcada en lo más profundo del pasaje. Todos subieron en procesión lenta y segura al interior del vehículo, llevando consigo a Cheryl.

Poco después, la furgoneta arrancaba, alejándose del lugar. En la esquina, junto al bordillo, olvidado por todos, quedaba el bolso de la joven, con un diario doblado asomando por su abertura…

CAPÍTULO VII

Mark Fisher levantó sus ojos del plato que estaba consumiendo. Se puso en pie, rápido, tras enjugar sus labios con la servilleta. Molly Chalmers llegó ante su mesa.

—Siéntese, por favor, señorita Chalmers —invitó él—. ¿Desea cenar conmigo?

—No, gracias —rechazó ella, tomando asiento—. He comido algo antes de venir. Pero le acepto una taza de café, si es tan amable, Fisher.

Mark lo pidió al camarero, y luego contempló interesado a su interlocutora.

—¿Alguna novedad? —se interesó.

—Bastantes —suspiró ella.

—¿Buenas?

—No sé. Para usted, parece que sí. Pero tienen su lado adverso también, en sentido general.

—La escucho.

—Creo que su caso está zanjado. El juez Parker ha sobreseído la causa. Le devolverán mañana la fianza. Se ha ganado buenos amigos en estas pocas horas, por lo que veo. El juez no se ablanda fácilmente.

—Creo que el Club de Cultura femenino ha sido el causante —sonrió Fisher.

—Oh, entiendo. La señora Asher y las demás… —Molly meneó la cabeza—. He visto ya algunos ejemplares de una invitación para mañana, a las cinco y media. ¿Va a charlar ante esas mujeres realmente?

—No veo otro remedio. Y más ahora, tras esa mediación tan oportuna.

—Quizá no todo se lo deba a las distinguidas féminas locales —rio la joven abogado—. El doctor Kirby ha hecho ya la autopsia a

Craig y a mi hermana.

—Oh, entiendo —Mark apretó los labios—. ¿Y…?

—Es horrible —suspiró ella, bajando la cabeza, con un estremecimiento—. No fue un coche. Está probado. El doctor Kirby ha hallado señales evidentes de destrozos internos capaces de causar la muerte en pocos momentos. Pero no por atropello.

—¿Por qué, entonces?

—Instrumentos de metal en el cuerpo. Introducidos por la boca y el recto de las víctimas. Luego, esos instrumentos, simples varillas flexibles al introducirlas, se despliegan en auténticos juegos de varillas metálicas punzantes, que desgarran tejidos y vísceras y hasta quiebran huesos, al ser accionados desde el exterior mediante algún dispositivo.

—Dios mío… —Mark Fisher retiró su plato sin terminar, muy pálido de repente—. No es posible tanta crueldad…

—Lo es, Fisher. Está probado. Las varillas debieron extraerse después. Pero se hallaron restos de su presencia. E incluso algo de óxido, un fragmento metálico de una varilla rota, y las señales de los desgarros mortales. ¿Entiende ahora?

—Es como una tortura medieval. Espantosa y terrible… Molly… ¿puedo llamarla así?

—Claro —le miró con triste sonrisa—. ¿Qué quiere, Fisher?

—Molly, ¿por qué desearía nadie hacer tal cosa a su hermana?

—No lo sé. ¿Y por qué a Craig?

—Tengo una teoría sobre eso. Él debió ver, como dijo, a unos monjes o cosa parecida. Y el cadáver de Lynn, conducido por ellos. Eso le sentenció a morir. Quizá sabía algo más y podía relacionar ambos hechos. Eso no interesa a nadie. Ni esperaban que Craig sobreviviera lo suficiente para revelar a alguien lo que viera…

—¿A qué quiere ir a parar? ¿A la posibilidad de que *usted* peligra también ahora?

—Pudiera ser —Mark se encogió de hombros—. Pero no me preocupa eso, sino lo que sucede aquí. En Bakersfield. Es como si, de repente, la Inquisición hubiese vuelto a la Tierra, a sembrar el oscurantismo y la tortura entre los humanos.

—El Culto de la Carne Sangrante… —musitó de repente Molly Chalmers con voz grave—. ¿Estaba pensando en eso, Fisher?

—Sí, es posible. Carne sangrante… Pureza, fe, arrepentimiento,

penitencia… Todo eso suena a horror del pasado, a espanto medieval. La Santa Hermandad y todo eso. Hubo pueblos de Europa que vivieron tal pesadilla. Nosotros lo heredamos en parte, a través de nuestros protestantes puritanos de Salem y cosas así.

—Estamos en el siglo XX, Fisher. Esas cosas no caben ahora…

—Si surge un puñado de fanáticos, todo es posible —miró gravemente a la abogado—. ¿Sabe algo de ella? ¿De Rosemary?

—Me ha llamado por teléfono esta noche, desde el cuarto del hotel donde se aloja ahora en Oswell Street.

—Lo dice con cierto tono preocupado, al parecer.

—Creo tener motivo para ello.

—¿Por qué? —preguntó vivamente Mark.

—Bueno… me pareció… me pareció notarla algo *rara*.

—¿Rara? ¿En qué sentido? —algo, dentro de Mark, se puso tenso como una ballesta.

—No sé… Quizá fingía, por miedo, a que alguien interceptase su llamada. Me habló de una forma suave, dulce, como embelesada. Dijo que se encontraba llena de paz, de sosiego, y que nunca se había sentido mejor que ahora. Que todo iba bien, y que estaba totalmente segura de que el Culto de la Carne Sangrante era una forma de fe limpia y honesta, donde cualquier ser humano podía encontrarse a sí mismo, gracias a las enseñanzas y doctrinas del Muy Venerable Hermano Basil Randolph.

—¿Eso dijo? ¿Y hablaba totalmente en serio?

—Sí, por supuesto.

—¿No declaró ninguna otra cosa, no aludió a los asuntos que nos interesan?

—Es todo lo que dijo. Le insistí en que llamara de nuevo mañana, tras visitar al lugar del culto, y así prometió hacerlo, pero la noté demasiado ambigua, como si no tuviera auténtico interés en ello. No sé, Fisher, pero empieza a preocuparme haber metido a esa muchacha en un asunto tan peligroso… Me siento responsable de su seguridad, de su persona…

—Escuche, Molly. Usted planeó algo inteligente, a mi juicio. Y Rosemary me ha parecido, en el poco tiempo que la traté, una chica sensata y práctica, difícilmente impresionable y menos aún por un farsante tan grotesco como el tal Randolph. De modo que no tiene nada que reprocharse. Yo mismo encontré afortunado su plan y

participé en él. Si algo le sucede a esa chica, seremos igualmente ambos responsables. Pero, sobre todo, lo sería la persona que pudiese causarle algún daño. Por ahora, no parece ser esa la cuestión, puesto que ella está viva y al parecer muy eufórica en su papel. De todos modos, usted es quien habló con ella y puede tomar una decisión según la forma en que la oyó hablar y expresarse. ¿Sigue temiendo por ella, Molly?

—Sí. No sé por qué, esa forma suave y bucólica de hablar, no encaja con ella. Tal vez eso sea solo el principio de lo peor, la influencia inicial de una fuerza horrible y amenazadora…

—Está bien. Entonces no se hable más —Mark se puso bruscamente en pie, abandonando la cena—. Vamos allá.

—¿Adónde? —pestañeó Molly Chalmers, sorprendida.

—A ese hotel donde se aloja su secretaria. Saquémosla de allí y demos por terminado el juego. Creo que será lo mejor.

—¿Y qué otro medio encontraremos de investigar a Randolph y su secta?

—Eso ya lo veremos después. Ante todo, salvemos de cualquier peligro a Rosemary. ¿Viene usted conmigo?

—Por supuesto —se apresuró a afirmar la joven abogado, echando a andar con rapidez en pos de las largas zancadas del joven escritor.

* * *

El terror desorbitó los ojos de Cheryl Ulmer, la muchacha del Club 2000.

Miró en torno suyo, despavorida, sin poder creer lo que estaba presenciando. Pero la realidad sólida y lacerante de aquellas cadenas que sujetaban férreamente sus muñecas, permitiéndole colgar y balancearse penosamente sobre el fuego aromático que ardía bajo sus desnudos pies, le dijo con espantosa certeza que todo ello era real y muy real, no simple fruto de la imaginación.

El panorama era dantesco. Los seres que le rodeaban, de pesadilla. Deambulaban de un lado a otro por la vasta nave, amplia y húmeda, como fantasmas surgidos de ultratumba en un aquelarre siniestro. Figuras encorvadas, como fantasmas, de largas túnicas oscuras, anudadas a la cintura con cinturones de burda lana, las

manos sepultadas en amplísimas mangas acampanadas, las cabezas ocultas, sumergidas en las sombras impenetrables de unas grandes caperuzas puntiagudas echadas hacia adelante, en pliegues anchos que ocultaban todo el trazo del rostro de sus propietarios.

Era como haber retrocedido en el tiempo. Con infinito pánico, Cheryl evocó a los caballeros templarios y sus siniestras ceremonias secretas que les convirtió en personajes malditos y condenados por las leyes. Aquel recinto de pesadilla era digno de una escena alucinante de otros tiempos, cuando órdenes secretas de inquisidores malignos poblaban el mundo del oscurantismo y de la crueldad.

Y ella, *ella* estaba desnuda. Totalmente desnuda. Temblorosa su tersa piel pálida, azotada por una mezcla de calores humeantes que venían del fuego a sus pies, y por la corriente helada de algo inmaterial y lúgubre, algo que parecía invadir todo aquel lugar con perverso, endemoniado influjo.

Cánticos monacales, como un remoto miserere, se percibían en alguna parte, filtrándose hasta ella por entre las grietas de aquellos muros rezumantes de humedad. Luces de antorchas y hachones con fuerte olor a resina, humeaban con llamas bailoteantes en las horcinas del muro. Un clima de horror sin límites lo invadía todo.

Gimió, sintiendo que su voz era ronca y apagada entre sus labios resecos. Su cuerpo se agitó, como un péndulo, sobre las brasas de aquel gigantesco brasero encendido a sus pies, entre baldosas de piedra, y del que surgía una humareda aromatizada con sándalo, incienso y otros productos similares que convertían el aire en algo pegajoso y agobiante.

—Dios mío… —sollozó la muchacha, mirando sus dos brazos sujetos por la cadena a la argolla del techo contemplando luego su mórbida desnudez, expuesta ante todos sus malignos captores, ajenos al parecer a tal exhibición—. ¿Dónde estoy…? ¿Qué horrible farsa es esta?

Pero la farsa, ante sus ojos, cobraba visos de tragedia, y ella intuía que era la desdichada protagonista de tal situación. La heroína de un drama todavía por finalizar…

De súbito, los monjes se detuvieron en sus posiciones, con aire majestuoso y sereno, pero sin levantar nunca sus cabezas, sin permitir ver de sus rostros más allá de una vaga sombra informe y,

todo lo más, el brillo ardiente de unas pupilas donde se reflejaban los centelleos rojos de las brasas del fuego.

Se abrió un cortinaje oscuro, al fondo de la cámara, y un nuevo personaje entró en el recinto. Cheryl se retorció, angustiada, y ello provocó que su cuerpo desnudo girase con rapidez sobre sí mismo, como una peonza, haciendo chirriar las cadenas que la sujetaban al techo, y obligando a que la escena también diese giros veloces en torno a ella.

El nuevo personaje alzó la cabeza y su caperuza permitió ahora, a la luz de los hachones, perfilar unos rasgos apenas identificables, una mirada cruel, fría y maligna como jamás había visto Cheryl otra en su vida.

La contemplaba a ella. Con algo parecido al placer, a la complacencia más intensa. Con morboso deleite, viéndola allí colgada, indefensa, inerme, desnuda ante su macabro poderío.

Una risa hiriente, aguda y cruel, escapó bajo los pliegues de la caperuza del más alto, rígido y estremecedor de todos los monjes allí reunidos en torno a la muchacha.

Luego, una mano señaló hacia ella, cuando el brazo del recién llegado se alzó, imperativo. Un dedo rígido la apuntó, amenazador, implacable.

—¡Tú, criatura sucia y envilecida, debes morir con tu cuerpo sangrando por todos tus pecados y corrupciones! ¡Nuestro culto te ha sentenciado ya a purgar tus faltas de la única forma que el ser humano puede hacerlo para purificarse antes de la muerte! ¡Sufre tortura, que tu carne de mujer depravada sangre para limpiarse de todo mal, y que el dolor y el tormento alejen de tu cuerpo a los espíritus maléficos y al poder de Satán!

—¡Noooo…! —chilló Cheryl aterrada, al ver cómo los monjes iban hacia un rincón, tomaban de allí largas varillas flexibles de acero, y las hacían zumbar en el aire, para probar su eficacia, antes de ir acercándose a ella, formando corro en torno al fuego aromático, y empezando a alzar hacia su cuerpo colgante aquellas láminas lacerantes de metal, cubiertas en su totalidad de pinchos sutiles, y rematadas por unas pequeñas esferas erizadas de agudas púas. Además, aquellas varillas, como las de un paraguas, mostraban otras plegadas sobre la más larga y central. El destino de tales varillas, cuando se desplegasen, eran una incógnita para la

cautiva. Pero una incógnita estremecedora, porque intuía un tormento que no podría resistir.

—Adelante, mis fieles hermanos —pidió la voz sorda y terrible del ser que dirigía a aquella alucinante comunidad—. Castigad a nuestra infortunada pecadora, para que su carne sangrante purifique antes de dejar de sentir en el mundo… Yo, vuestra Suprema Hermandad, así os lo pido y exijo. ¡En nombre de nuestro culto, golpead y herid, desgarrad y dañad, hasta que el momento de provocar su espasmo final llegue, con la penetración de las varillas en sus entrañas!

Un alarido inhumano de Cheryl Ulmer acogió el inicio de la tortura. Las varillas hirieron su piel con azotes breves y secos, que fueron haciéndose más largos e intensos, a medida que su cuerpo se agitaba y retorcía, colgado de las cadenas, y la epidermis iba abriéndose en surcos, en arañazos profundos, de los que la sangre empezó a brotar, cubriendo aquel cuerpo hermoso de regueros rojos, goteantes, que hacían crepitar las brasas abajo, al caer en ellas. Los gritos de dolor de la infortunada víctima, pronto no fueron más que roncos espasmos, jadeos rotos y balbuceos incoherentes, de supremo dolor, que iban aproximándola al paroxismo de la agonía, lenta e inexorable…

* * *

Era un hotelucho de ínfima categoría, en Oswell Street, en una zona donde esa calle de Bakersfield se diluía en garajes, negocios de compra-venta de coches y solares repletos de chatarra, no lejos de nuevos edificios en construcción.

—Ahí es —dijo Molly Chalmers, deteniendo su automóvil—. Un feo lugar…

—Para esta farsa estaba bastante bien. Rosemary eligió un sitio adecuado para no inspirar sospechas a sus nuevos «hermanos» de religión. Vamos a sacarla de ahí antes de que sea demasiado tarde. Como usted dice, Molly, esto empieza a no gustarme, y no sé la razón…

Bajaron del coche de la abogado, acercándose al sórdido edificio apresuradamente. Empujaron la puerta vidriera iluminada, encontrándose en un vestíbulo destartalado y tristón, con un

mostrador de recepción y una centralita telefónica al fondo. Un hombre grueso y de grasienta piel, se incorporó bostezando, para mirarles con aire entre desconfiado y sorprendido. De entre sus sedosos dedos escapó un ejemplar de una revista pornográfica.

—¿Qué desean? —preguntó—. No quedan habitaciones libres…

—No buscamos habitaciones —rechazó Mark secamente—. Venimos a buscar a un cliente. Es urgente, amigo. Llámela o díganos su habitación.

—Eh, esperen un momento. ¿Acaso son ustedes policías o detectives particulares? —desconfió el hombre, frotándose la sudorosa barbilla.

—Ni una cosa ni otra —rechazó Molly, mostrando su credencial —. Abogados. Nos envía el fiscal del distrito. Apresúrese o tendremos que avisar a la policía, ¿entiende?

—Está bien, está bien —se amedrentó el hombre, tragando saliva—. No tienen que atropellar por eso. Este es un negocio honrado. ¿A quién buscan?

—A Rosemary Yates —dijo Mark Fisher con tono áspero.

—Uh, ¿esa chica? —el hombre se encogió de hombros, indiferente—. ¿La de los pechos grandes y el pelo moreno?

—Sí, esa —resopló Mark, entre impaciente y molesto por el tono y las palabras del tipo—. Sé que se aloja aquí. De modo que dese prisa en decirnos cuál es su habitación.

—La diecisiete —y alzó una de sus sucias uñas sin recortar, para decir—: Ah, no se molesten en subir, amigos. *Era* la diecisiete. Se fue esta noche.

—*¿Se fue?* —Molly giró la cabeza hacia él, y luego miró a Mark con una expresión entre angustiada y recelosa—. ¿Está seguro de eso? No podemos creerlo.

—Está bien, miren en el libro-registro si quieren. Ella ocupó la habitación diecisiete. Esta misma noche salió con su pequeño maletín y se largó.

—Eso no puede ser —rechazó Mark, sintiendo una rara sensación dentro de sí—. Ella no tenía por qué abandonar este hotel tan pronto.

—El coche la esperaba fuera, amigo —gruñó el hotelero, tomando la llave diecisiete del casillero—. Dejó aquí esto y se fue. Habló con quien la esperaba fuera, dentro del automóvil. Oí solo su

voz, sin llegar a captar la de su visitante. Debió llamarla por teléfono desde alguna parte, porque al llegar el coche, ella salía ya por esas escaleras, dispuesta a irse.

—¿Dijo adónde iba, dejó alguna dirección? —la pregunta de Molly era trémula.

—No, claro que no, señorita —negó el hombre—. No dijo nada. Parecía muy feliz al irse.

—*¿Feliz?* —la voz de Mark reflejó tensión—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, su expresión… Iba sonriendo, como si le ocurriese lo mejor del mundo. Por un momento, casi pensé que no me veía siquiera al despedirse, que estaba como entre nubes, flotando en otro mundo muy lejos de este…

—¡Dios mío, creo entender! —jadeó Mark, palideciendo—. Molly, tenemos que dar con ella de algún modo…

—Siento no poderles ayudar —rezongó el individuo—. No quisiera que le ocurriese nada a un cliente de este hotel, pero lo cierto es que desconozco más detalles. En lo único que me fijé es en que el coche que la recogió era un Chevrolet azul, con una franja amarilla en medio…

—¡*Mi* coche! —rugió Mark, cambiando una mirada frenética con la asustada Molly—. ¡Ese es mi coche, el que está todavía en poder del *sheriff* Conway!

—Cielos, no… —los ojos de Molly se clavaron en él, aterrados—. ¿Qué significa eso? ¿Quién pudo sacarlo del depósito municipal donde permanece?

—No lo sé, pero me recuerda… lo de la furgoneta del negocio fúnebre —Mark la tomó por un brazo, corriendo con ella a la salida sin despedirse siquiera del conserje del sucio hotel—. Vamos, hay que dar con ella. Veremos al *sheriff*, pediremos que busquen mi coche por todas partes, si como supongo, falta del depósito…

Salieron del hotel, lanzándose al coche de la abogado, que partió hacia allí dando un viraje para rodear el hotel y dirigirse al centro urbano por California Avenue. Pronto, sin embargo, Molly metió el freno, parando en seco el vehículo, clavándolo virtualmente, a solo dos manzanas del hotel, frente a uno de los numerosos solares repletos de viejos coches desvencijados, solo útiles para chatarra.

—¡Ahí! —rugió Mark, obligando a la joven a frenar—. ¡Ese es *mi*

coche!

Estaba allí. Azul, con la franja amarilla. Los faros revelaron la matrícula del Empire State de Nueva York. Era el suyo, sin duda alguna. Mark saltó frenético del coche, tomando en su mano la única arma visible: una pesada llave inglesa, que iba dispuesto a estampar en la cabeza de quien se le interpusiera en su camino. Molly le siguió sin el menor asomo de miedo, muy pálido su rostro.

Ambos se detuvieron junto al coche parado en la zona oscura que solo los faros del vehículo de la abogado habían logrado iluminar lo suficiente. Un grito de horror brotó de los labios de la muchacha. Mark sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¡Dios mío, mire *eso*, Mark! —sollozó la abogado con voz histérica.

Fisher ya lo había visto. Allí, bajo sus ruedas, yacía un cuerpo sin vida. Al parecer, esta vez sí era su coche el que lo había arrollado, reventando su cuerpo y destrozando piernas y brazos. Los faros del coche de Molly revelaron un rostro que era una espantosa máscara de terror y agonía, justo debajo del parachoques del automóvil azul.

Era una máscara delirante de muerte y de pánico infinito. Un gesto macabro y estremecedor, en un rostro que había sido pícaro y bonito.

Era el cadáver de la infortunada Rosemary Yates, la secretaria de Molly Chalmers.

CAPÍTULO VIII

—Esta vez tengo que detenerle, Mark Fisher, sin fianza siquiera. Y acusarle de atropello mortal. No hay la menor duda en esta ocasión, de que su automóvil arrolló y causó la muerte de esa joven. Y al parecer, con premeditación.

La voz bronca del *sheriff* Conway sonó como un pistoletazo. Las esposadas manos de Fisher permanecieron inmóviles sobre su regazo. El escritor contempló a su acusador con frialdad, desde un rostro tenso y pálido.

—Es usted quien deberá responder de lo sucedido y no yo —silabeó Mark con ira—. Mi coche estaba en el depósito municipal. ¿Quién lo sacó de allí?

—Cualquiera puede hacerlo si se arriesga a ello y pilla al vigilante en el momento de tomarse un trago y comer algo, en una cantina cercana —rezongó Conway—. No va a comprometerme a mí en esto por mucho que lo intente, escritorzuelo. Esta vez le he pillado bien. El juez Parker no va a ser tan complaciente como la vez anterior. La acusación es de homicidio intencionado.

—Yo soy testigo de que él viajaba conmigo esa noche cuando eso ocurrió —protestó vivamente Molly Chalmers—. Él no pudo robar su propio coche y conducirlo para matar a mi secretaria.

—Escuche, señorita Chalmers —se enfureció Conway, encarándose con ella—. Usted, como abogado de él, no puede testificar a su favor. Por otro lado, tengo informes de que su cliente fue visto hoy con su secretaria, la chica muerta, muy acaramelado, por diversos puntos de la ciudad, y eso me hace suponer que estamos ante un sádico que conquista a las chicas para luego matarlas, o cosa parecida. No, señorita Chalmers, esta vez no le será fácil lograr la libertad de su detenido, eso se lo aseguro.

—Lo veremos, *sheriff*. ¡Lo veremos! —exclamó ella, dirigiéndose airada a la salida. Se volvió un momento hacia Mark y le alentó—:

No desespere, amigo mío. Estoy segura de que mañana, a primera hora, estará usted fuera de esa celda donde este individuo va a meterle por pura cabezonería.

—No se preocupe por mí, Molly —sonrió tristemente Mark—. Empiezo a acostumbrarme a este jueguecito, la verdad. Terminaré por ser asiduo huésped de la cárcel local si esto continúa. Ahora es usted quien debe cuidarse, Molly. Y ya sabe a lo que me refiero…

—Sí, ya lo sé, Mark —dijo fríamente ella, ya en la puerta—. Me cuidaré, no tema.

Y salió dando un portazo. Travis suspiró, acercándose a Mark con paso lento.

—Bien, amigo —dijo—. ¿Quiere algo en su celda para esta noche?

—Sí. ¡Que el diablo les lleve a todos ustedes! —gruñó Mark, echando a andar hacia las celdas—. Tienen un asesino loco en la ciudad, y ustedes solo se preocupan de arrestar a un inocente forastero…

* * *

Era toda una comisión digna de respeto.

Atónito, el *sheriff* Conway se puso en pie cuando las mujeres penetraron en su oficina, invadiéndolo todo. A la cabeza del grupo figuraban dos mujeres en especial, con aires belicosos, mientras Molly Chalmers se limitaba a enarbolar una orden judicial que puso sobre el mostrador de la oficina de Conway.

—La orden de libertad sin fianza —dijo ella triunfalmente—. Y tiene que escuchar, además, a esta comisión mixta.

—¡Oh, no! —gimió el *sheriff* reconociendo a las capitanas de la horda femenina que indignadamente invadían el recinto—. Mi mujer… ¿Qué pintas tú aquí?

—Como delegada del Club de Cultura de las Damas Caritativas de Bakersfield, mi querido esposo, vengo en compañía de la presidente de nuestro Club, señora Asher, y con la autorización expresa del alcalde, señor Coleman Asher, para protestar enérgicamente por el comportamiento de las autoridades para con un forastero respetable y admirado, como el escritor Mark Fisher —declaró solemnemente la señora Conway, plantándose enérgica ante

su marido.

—Cielos, Myrna, ¿qué significa todo esto? ¿Es que os habéis vuelto locas todas las mujeres de la ciudad?

—*Sheriff*, no estamos locas ni mucho menos —protestó la mujer del alcalde acercándose a él—. Hemos logrado la libertad del acusado basándonos en lo débil de las evidencias, en la circunstancia de que usted y nadie más que usted es responsable de ese coche en el depósito que, según el funcionario del mismo, pudo ser hurtado por cualquier otro que no fuese su legítimo dueño con suma facilidad, y porque el señor Mark Fisher es un escritor y está invitado esta tarde a dar una conferencia cultural a las damas de esta población. ¿Está eso bien claro? El juez Parker ha sopesado todo eso, por consejo de mi esposo, el alcalde de Bakersfield, y ha resuelto la libertad incondicional del acusado por falta de pruebas definitivas. ¿Qué tiene que decir a esa orden de libertad firmada por el propio juez?

—De momento, nada —tomó el documento judicial y lo estudió ceñudo—. Ustedes ganan, señora Asher, pero están jugando con algo muy peligroso. Si ese hombre es un criminal, un sádico, le están dando la mejor oportunidad de su vida para hacer una buena cosecha de víctimas. ¡Su maldito club, con usted, señora, y con mi propia esposa por delante, podrían ser un perfecto vivero de futuros cadáveres para la extraña perversión de ese forastero a quien ustedes defienden como si de sir Gallahad se tratara!

Y dando un bufido, alargó el papel a su ayudante Travis, en señal de que se lavaba las manos en el asunto, dejándole a su cargo la inevitable libertad del detenido.

Viveca Asher, Myrna Conway y las demás componentes del club femenino, estallaron en gritos de júbilo y aprobación al darse cuenta de que, por fin, su literario héroe del momento iba a salir en libertad.

El agente Scott, tecleando en su máquina de escribir, no pudo evitar una sonrisa divertida cuando el *sheriff* Conway, con un resoplido, se enfrentó a su mujer, pasó junto a ella y masculló agriamente, camino de la salida:

—¡Mujeres! ¡Voy a tomarme una copa y volveré cuando todas ellas se hayan marchado de aquí, incluida tú, Myrna! ¡Ah, Scott, y acuérdese de desinfectar la oficina cuando eso haya ocurrido!

Su portazo al salir fue acogido con risas y aplausos por las damas, incluida su propia esposa, que guiñó un ojo a la esposa del alcalde, manifestando con voz triunfal:

—Hemos vencido, mi querida Viveca. ¡Hemos vencido sobre esos odiosos hombres que se creen los dueños del mundo!

* * *

Mark Fisher sonrió, apretando las manos de Molly Chalmers. La miró fijamente a los ojos.

—Ahora debe olvidar, Molly —murmuró—. El funeral ha pasado. Su hermana descansa ya en paz. Sé que no puede sentirse feliz, porque ni siquiera sabemos quién o quiénes han torturado su cuerpo hasta morir. Como tampoco sabemos quién aplastó a la pobre Rosemary anoche, en aquel oscuro lugar, utilizando mi propio coche. Algo es evidente: quienquiera que fuera a buscarla gozó de su confianza lo suficiente para dejar el hotel, subir al automóvil y luego, con alguna excusa, la hizo bajar y situarse ante el mismo, para arrollarla sin piedad, brutalmente. Deseo tanto como usted encontrar al culpable o culpables de este horror que se abate sobre Bakersfield ahora.

—Lo sé, Mark —suspiró ella, agradeciendo el gesto de él con un claro y sensible estremecimiento, a la vez que sus dedos fríos apretaban las fuertes manos del joven escritor—. Tengo mucho que agradecerle.

—No diga eso. Soy yo quien le debe muchas cosas, entre ellas la libertad por dos veces diferentes.

—En esta última ocasión, yo apenas hice nada, Mark. Todo fue obra de la señora Asher y su marido, el alcalde. Con la cooperación de la mujer del *sheriff* y las demás, por supuesto —tuvo una sonrisa entre triste y burlona—. Las mujeres, por una vez, ganaron la partida. Por eso está usted aquí ahora, a celebrar su conferencia.

—Sí, eso empiezo a sospechar —asintió Mark, sacudiendo la cabeza. Miró las carteleras, a la puerta del recinto social donde iba a celebrarse momentos más tarde su charla. Luego, miró las calles de Bakersfield, donde ya la luz solar de la tarde se hacía oblicua, a punto de ocultar el astro diurno. Todo parecía discurrir normalmente en torno a ellos. Y, sin embargo, sabía que una horda

de fanáticos criminales andaba suelta por la ciudad. Era obvio que Gary Craig tuvo razón: unos conjurados siniestros estaban ejecutando ritos demoníacos con sacrificios humanos—. En fin, hablaremos ahora. Luego la espero para cenar juntos, Molly.

—Sí, estaré aquí fuera aguardándole, Mark —asintió ella. Y añadió pensativa—: El doctor Kirby cree que esta vez no habrá sorpresas en la autopsia. Rosemary debió morir realmente aplastada por las ruedas del coche…

—Es lo que imaginaba. No tuvieron tiempo de las torturas rituales, sin duda alguna. Se limitaron a deshacerse de ella.

—Eso parece acusar a Basil Randolph y su secta, aunque el *sheriff* se niegue a actuar contra ese hombre —musitó Molly.

—Sí, en principio eso parece. Pero sería una estupidez que Randolph haya asesinado a Rosemary para deshacerse de ella recién ingresada en el círculo. Él tiene que saber, si conocía el engaño hasta el punto de eliminar a su secretaria, Molly, que yo también estoy sobre su pista.

—Por lo tanto, sería un error dejarle a usted con vida y matarla a ella, ¿no es eso lo que piensa?

—Es una teoría plausible, después de todo, si ese Randolph no es un perfecto loco sin cerebro ni otra cosa que odio y maldad fanáticos contra los demás. Sí, es posible que sea todo eso el Venerable Hermano Superior. Pero yo hubiera jurado, al verle, que no era más que un astuto embaucador demasiado listo para cometer errores que le llevasen a la cámara de gas si, como se espera, la pena capital se implanta de nuevo en el estado de un momento a otro.

—¿Entonces…? —Molly Chalmers abrió mucho sus bonitos ojos, mirándole fijo.

—No sé, Molly… —suspiró Mark, sombrío—. Hay algo raro en todo esto. Algo que aún no entiendo. Como lo que usted mencionó sobre la forma de expresarse de Rosemary anoche, antes de que fuéramos a buscarla a aquel hotelucho… Dulce, estática, como somnolienta o en trance hipnótico… Hipnosis, Molly. Hipnosis o drogas. No cabe otra explicación. Pero ¿quién y para qué? ¿Para matarla luego? Algo les hizo cambiar de idea. Me gustaría saber qué fue… El caso es que, por un momento, he tenido una corazonada…

—¿Una corazonada? —murmuró ella—. ¿Qué clase de

corazonada, Mark?

—No lo sé. Se evaporó. Como el agua que se escurre entre los dedos, Molly. Pero lo intuyo. Está aquí. Muy cerca de mí… Algo frío y viscoso como la misma muerte… En fin, dejémoslo. Debo entrar a hablar a ese avispero de ahí dentro. Dios quiera que pueda, cuando menos, hablar con la misma facilidad con que aporreo mi máquina de escribir…

—Sé que lo hará, Mark —sonrió Molly Chalmers—. Le sobrará locuacidad para convencerlas a todas, ya lo verá. Están deseando aplaudirle. Además, están entusiasmadas con la idea de tener a todo un escritor aquí, entre ellas. Pero, sobre todo, con la evidencia de que ese escritor es, además, un hombre guapo. ¿No sabe cómo somos las mujeres?

—¿Eso piensa usted, Molly?

—Es lo que piensan ellas. Eso es lo que debe importarle ahora, ¿no?

—Posiblemente solo ahora. Pero cuando termine la conferencia, me gustaría saber lo que piensa *usted*. Puede que sea todo lo que más me importe, Molly.

—En ese caso…, pregúnteme al terminar —rio ella suavemente —. Vamos, es su hora de entrar en la leonera. Yo entraré después a escucharle, palabra. Suerte, Mark.

—Estando usted en la sala, seguro que la tendré. Ahora me siento mejor.

Entró Mark Fisher en la sala de asambleas y conferencias del Club Femenino de Cultura de Bakersfield. Molly Chalmers sonrió, alejándose hacia la cercana cabina telefónica para hacer unas llamadas relacionadas con su profesión.

Dentro, sonó la salva de aplausos que acogía al conferenciante.

* * *

—Un éxito. Ha sido un completo éxito. Mi felicitación, Mark.

—Gracias, Molly —alzó su copa de vino dorado, brindando con ella en la mesa del acogedor y pequeño restaurante de Chester Avenue—. Creo que, al menos, no aburrí demasiado a la gente. Procuré ser breve y poco profundo. No me van los latazos.

—Confieso que no esperaba tanto de un escritor de temas de

evasión como usted, Mark —suspiró la joven abogado—. Tendré que leer sus obras y cambiar de ideas respecto a la literatura actual.

—No lo haga. Se daría cuenta de que todo sigue como usted imagina. Solo que algo me iluminó para agradecer a esas féminas su apoyo en momentos difíciles. O tal vez sea porque otras cosas me preocupan ahora mucho más que una simple conferencia.

—Sí, lo comprendo. Los dos estamos preocupados por una misma causa. ¿Sabe que la televisión ha dado un boletín especial de noticias esta tarde?

—¿Sobre qué tema? —se excitó Mark.

—La policía ha encontrado cerca del Club 2000 el bolso de una muchacha asidua de ese círculo privado donde se bebe y se ejerce, en cierto modo, la prostitución de cierta élite local. Ese bolso pertenece a una muchacha misteriosamente desaparecida en las últimas horas: Cheryl Ulmer. El boletín añadió que, según algunos testimonios de compañeras de la desaparecida y empleados del local, últimamente esa mujer tenía buena amistad con un trágicamente desaparecido ciudadano de Bakersfield cuyo nombre no citaron.

—¿Gary Craig?

—Según todos lo indicios, se trataba de él, sí.

—Vaya… Otra mujer desaparecida. Eso puede significar algo trágico, Molly.

—Lo sé. He pensado en ello. Pero ¿por qué, Mark, por qué todo esto?

—Recuerde el Culto de la Carne Sangrante: vicio, pecado, corrupción… La carne que sufre y sangra, regenera a los pecadores.

—Pero eso es monstruoso, fanático. Y lo dice Randolph…

—Sí, lo dice Randolph. Tal vez alguien ejecuta lo que él predica.

—¿Quién?

—Sigo sin saberlo. Intuyo que la solución es más fácil de lo que parece, pero se me escapa una y otra vez. En fin, acabemos la cena sin pensar más en todo eso, Molly. No podemos permitir que se arruine nuestra vida por algo que no podemos evitar…

Ella asintió. Cuando salieron del restaurante, terminada su cena, estaba empezando a lloviznar de nuevo, y el cielo aparecía rojo y encapotado.

—Otra noche desapacible se nos viene encima —se quejó Molly,

subiendo a su coche, mientras Mark se acomodaba junto a ella—. ¿Le llevo al hotel, Mark?

—Sí, por favor. ¿Usted va a la oficina o a casa?

—A la oficina un momento. Quiero saber el resultado de la autopsia de Rosemary, mi pobre amiga y empleada… Mañana me ocuparé también de sus funerales.

—La ayudaré en cuanto necesite, Molly. Sabe que puede contar conmigo.

—Gracias, Mark —musitó ella, poniendo el coche en marcha. Se alejaron hacia la zona comercial de la ciudad a marcha reducida, sobre el asfalto levemente mojado y resbaladizo. Ella se quejó al probar las luces en un viraje—: Un intermitente no funciona. Y no llevo repuesto. Es lo que faltaba… Seguro que nos detienen.

Y así fue. Solo dos o tres manzanas más allá, un motorista del Condado les detuvo, haciéndoles pegarse a la acera. Pidió la documentación de Molly, tras anunciarle la sanción por fallo en el intermitente izquierdo.

Molly atendió al policía. Luego, recibió una petición insólita del agente motorizado, tras devolverle la documentación completa:

—Por favor, abra el portaequipajes del coche, señorita Chalmers.

—¿El portaequipajes? —se sorprendió ella—. ¿Por qué motivo, agente?

—Usted obedezca y no replique —el policía se tocó la culata de su revólver reglamentario, enfundado en la pistolera—. O me obligará a arrestar a ambos y obligarles por la fuerza a registrar su coche.

—Está bien —suspiró ella, abriendo la portezuela—. En seguida le atenderé, agente. No tiene por qué ponerse así. Me quejaré de su actitud al *sheriff* Conway.

—Haga lo que quiera, señorita. Cumplo mi misión, eso es todo. Vamos, abra.

Ella se aproximó atrás. Alzó la capota, tras girar la llave. Se quedó helada, con la linterna del agente fija en el interior.

La luz derramada, blanca e intensa, reveló allí la presencia de un cadáver desnudo, ensangrentado, encogido y con el rostro convertido en una trágica mueca helada. Era Cheryl Ulmer, la chica del Club 2000.

CAPÍTULO IX

El agente de tráfico cayó de bruces, como fulminado. Su casco golpeó el asfalto húmedo y reluciente. Se quedó inmóvil, encogido a pies de la asombrada Molly.

—Pero… ¿qué significa esto, Mark? —jadeó ella, asustada, mirando a Mark Fisher.

El joven aún esgrimía la llave inglesa con que acababa de abatir sorprendentemente al patrullero, justo en el momento del macabro hallazgo en el maletero del coche de la joven abogado.

—Era una trampa, Molly —dijo él roncamente, mirando con una mezcla de ira y de horror el cuerpo inmóvil y bañado en sangre—. Tenía que hacerlo. El cerco se estrecha en torno nuestro. Hubiéramos ido a prisión los dos por sospecha de asesinato.

—Es posible, pero ahora no tenemos escapatoria… —gimió ella —. Nos acusarán de eso y de agresión a un agente de la policía, Mark. Es una completa locura…

—La locura sería dejarse arrestar de nuevo. Esta vez no íbamos a salir tan bien librados, lo sospecho. Ahora empiezo a ver claro, Molly.

—¿Claro? ¿El qué? —se asombró ella, mirándole angustiada.

—No sé. Es un disparate, pero posiblemente sea la verdad que buscamos. Se me ocurrió de repente durante mi conferencia, y traté de no pensar en ello. Ahora lo he confirmado. Intuía una trampa y no sabía cuál iba a ser. Esa pobre chica debe ser la desaparecida de ese club privado, no hay duda. La hicieron víctima de su espantoso modo de limpiar el pecado de los seres humanos… a base de carne que sangra…

—No entiendo nada, Mark. Es como verse metida en una vorágine de horror, de muerte, de sangre y de maldad… Me siento aturdida, rota…

—Vamos, hay que partir de aquí en seguida y tratar de ver lo

antes posible al *sheriff* Conway.

—¿Cree que va a confiar en nosotros cuando le contemos esto y vea el cadáver, tras haber agredido a uno de sus hombres?

—Creo que si es un hombre realmente honrado, tiene que ayudarnos, porque eso significaría terminar con ese horror que sacude a esta pobre ciudad —miró pensativo al policía inerte y a su abandonada motocicleta y tuvo una rápida idea—. Espera, voy a intentar algo, Molly.

Fue al vehículo del patrullero y tomó su radio, presionando el resorte. Llamó con voz tensa:

—Atención, oficina del *sheriff*, atención. Llama Mark Fisher. Es una emergencia. Atención, respondan por favor.

—Aquí Todd Travis —respondió la voz del auxiliar de Conway —. ¿Por qué está utilizando nuestra frecuencia de radio? ¿Desde dónde llama?

—No hay tiempo para detalles. Necesito hablar urgentemente con Alex Conway.

—Lo siento. Él no está aquí ahora. Se fue a casa y dio orden tajante de que no fuese molestado por nada ni por nadie. No se encuentra demasiado bien esta noche.

—Llámele a casa, de todos modos. Es necesario que hable con él *ahora*. Es asunto de vida o muerte…

—No es posible. Por orden suya, su esposa desconectó el teléfono por esta noche. No he podido yo tampoco comunicar con él a causa de ello, en un asunto de escándalo público. Insisto, Fisher. Dígame dónde está y qué radio utiliza para…

Clic. Mark cerró el interruptor de la radio portátil del patrullero, saltó dentro del coche, hizo sentar a su lado a Molly y le indicó con voz sorda:

—Vamos, no hay tiempo que perder. Iremos a despertar a Conway aunque se hunda el mundo, Molly. Él tiene que saber lo que yo sospecho, y tratar de confirmarlo cueste lo que cueste…

Y rodó a toda velocidad, conduciendo él, en dirección al domicilio del *sheriff* pidiendo por el camino instrucciones a su joven compañera y abogado, para que le señalase la ruta más corta y eficaz.

Molly Chalmers, realmente perpleja, así lo hizo. Minutos más tarde, el automóvil de la abogada se detenía frente a un pequeño

edificio rodeado de jardín, con las luces apagadas. Era la casa del *sheriff* de Bakersfield, Alex Conway.

Avanzaron ambos hacia la puerta resueltamente. Mark pulsó varias veces el timbre. Nadie le respondió. Maldiciendo entre dientes, miró la fachada en sombras.

—Travis no puede haberme mentido —rezongó—. Conway debe estar ahí dentro.

—Tal vez duerma. Si no se encontraba bien, como han dicho, puede haber tomado un calmante, una medicina que le ayudara a conciliar el sueño…

—Pero su esposa nos oiría, de todos modos —dijo Mark, rodeando la senda que circundaba la casita envuelta en sombras—. Voy a entrar ahí, Molly. Usted váyase a buscar a Travis.

—¿Por qué? Nos arrestarán por todo lo sucedido, por ese cadáver y por el policía que usted derribó. Mark…

—Creo que estamos muy cerca de la solución de este horror, Molly. Será preferible tener a la policía cerca cuando eso ocurra. No tarde, Molly. Vaya en su busca y dígale que venga aquí como sea, por favor. Yo intentaré, entretanto, ver lo que sucede ahí dentro.

—¿Crees que a los Conway les ocurre algo? —se alarmó Molly, empezando a retroceder hacia su automóvil, con expresión angustiada.

—No perdamos el tiempo en hablar, Molly. Vayamos en seguida.

Ella asintió, echando a correr a través del bien cuidado césped. Mark envolvió su mano en un pañuelo y golpeó el vidrio de una ventana con seco impacto. Los fragmentos del vidrio roto cayeron al interior con leve ruido. Introdujo la mano, ya sin pañuelo, y accionó la falleba, abriendo aquel conducto de entrada. Pasó al interior de la casa.

Todo parecía igualmente en tinieblas allí dentro. Recorrió la planta baja sin encontrar a nadie. Presuroso, subió una escalera de madera, sin hacer ruido, guiándose por la escasa luz de una farola callejera filtrada por una de las ventanas.

En la planta alta encontró a Alex Conway, el *sheriff* de Bakersfield. Dormía profundamente. Tan profundamente que era imposible moverlo o despertarlo pese a sus esfuerzos. Los ojos de Mark se clavaron en una taza vacía, depositada sobre la mesilla, junto a un frasco de medicina. Sus pupilas brillaron en la

penumbra.

Se retiró del dormitorio del *sheriff*, donde solo se hallaba Conway en su amplia cama de matrimonio. No halló ni rastro de Myrna Conway, su esposa.

Descendió de nuevo a la planta baja. Estaba realmente perplejo. Un crujido de madera le hizo volverse con rapidez. No tuvo tiempo de más. Cayó pesadamente, tras recibir un potente impacto surgido de la sombra, que se estrelló en su cráneo. De modo borroso, al golpear el suelo, antes de perder la consciencia, creyó ver junto a su rostro los pliegues de una larga estameña o hábito monacal, de color negro.

Luego, ya no supo más.

* * *

Era un ingrato despertar.

Sus ojos se abrieron a costa de un intenso dolor de sienes y nuca. Miró en derredor con un escalofrío. Tardó unos segundos en comprender que no estaba muerto todavía, ni aquello era el infierno. Pero le faltaba muy poco.

El fuego ardía en medio de la vasta sala, elevando humo aromático hacia la bóveda húmeda. Alrededor, hachones encendidos daban una luz lívida al recinto, y los monjes de rostro invisible se movían como espectros en torno suyo, mientras sonaban en alguna parte cánticos religiosos de profunda entonación. Herramientas de tortura, en especial varillas flexibles de acero erizadas de púas, y con otras varillas plegables, como el arma siniestra que debió desgarrar interiormente a Gary Craig, a Lynn Chalmers y a Cheryl Ulmer, aparecían arrinconadas no lejos de las brasas encendidas.

Aquellos monjes que citara el moribundo Craig, deambulaban aparentemente a la espera de cumplir su misión. Pero también como si esperasen a alguien más…

Mark giró la cabeza tras comprobar que unas gruesas cadenas le sujetaban al suelo pedregoso, no lejos de las brasas.

Algo que pendulaba sobre ese fuego de dulzón olor le hizo mirar hacia arriba. Un escalofrío de horror infinito le sacudió.

—¡Molly! —gritó roncamente, agitándose en sus ataduras

metálicas—. ¡Oh, no, no…!

Pero era Molly Chalmers, realmente. No había podido ir en busca de alguien, sin duda alguna Era, como él mismo, cautiva de los macabros siervos de la Muerte Sangrante. Aparecía allí desnuda, sin una sola prenda sobre su cuerpo escultural y nacarado, de suaves formas, que pendía de unas cadenas sujetas a sus muñecas, colgando sobre el fuego, gimiendo apagadamente, a la espera de su horrenda suerte final.

—Mark… —la oyó gemir, al oír ella la voz—. Mark no puede ser… Nos cazaron esos monstruos… y van a torturarnos cruelmente hasta morir, como a todos los otros…

—Malditos reptiles asquerosos… —jadeó Mark convulso—. Si pudiera librarme de estas cadenas… Ahora lo sé… Sé quiénes son, Molly…, aunque oculten sus rostros…

—¿De qué nos servirá ya eso, Mark? —sollozó la desnuda joven —. Vamos a morir de forma horrible… y nadie podrá evitarlo…

—En efecto. Nadie podrá evitarlo —sonó una voz hueca, impersonal y profunda, surgiendo del fondo de la sala dantesca—. Estáis condenados. Vuestra carne se purificará, malditos pecadores corrompidos, para gloria de vuestras almas, antes de abandonar vuestra miserable envoltura. ¡El dolor y la sangre será vuestra penitencia suprema! Nosotros, los hermanos del Culto Sangrante, así os lo concedemos…

Había aparecido el que esperaban. El más alto y más impresionante de todos los personajes encapuchados de la reunión. Altísimo, como flotando en el aire, con sus pliegues del hábito oscuro arrastrando por el suelo. Y con el rostro hundido en las sombras que su caperuza extendía sobre los rasgos del siniestro líder de los inquisidores.

Avanzó majestuosa, lentamente, hasta el borde mismo de las brasas. Miró con arrogancia el cuerpo desnudo colgante. Una risa aguda y cruel escapó de los invisibles labios. Las manos se alargaron, delgadas y rígidas, señalando a Molly Chalmers.

—Contempla a tu amiga, Mark Fisher. La verás retorcerse, llorar e implorar, mientras la sangre cubre su hermoso cuerpo, antes de que las varillas mortíferas penetren en su cuerpo y la desgarren fatalmente. ¡Y luego, tú seguirás su misma suerte, por pretender destruirnos a nosotros!

Fisher no dijo nada. Contemplaba a aquel fantasmal personaje, cerebro y alma de los monstruosos crímenes de Bakersfield, preguntándose qué podría hacer en tal situación, desesperadamente derrotados ambos por el poder maligno de los trágicos encapuchados de la ciudad. El ser misterioso, se movió hacia él.

—Sé quién eres —sonó de pronto la voz de Mark, desafiante, clavando sus ojos en la figura encapuchada—. Es inútil que te cubras para mí, maldito farsante. Supe quién eras hoy, esta misma tarde. Tuve mis dudas en principio, porque sospechaba de varias personas. Al final entendí la verdad.

—¿Qué verdad? —replicó sibilante la voz del monstruo.

—Que *todos* los sospechosos eran culpables. Pero que solo uno de ellos tenía poder e influencia sobre los demás. La explicación era fácil. Recordé quién, al mirarme fijamente en la conferencia del Club de Cultura femenino me inquietó y me produjo desasosiego, porque tenía *algo* especial y extraño en sus ojos. Ese poder hipnótico que tú utilizas para manipular y someter a todos esos peleles que te rodean, en un culto satánico, encaminado a castigar pretendidos pecados y vicios porque tu rígido cerebro puritano y falsamente moralista así lo exige. Deseas extirpar el vicio y la corrupción de esta ciudad, sin darte cuenta de que tú eres la persona más sucia, corrupta, vil y sanguinaria que existe. Sin duda tienes poderes, pero los usas solamente para envilecerte y envileces a quienes dominas, porque tu mente está enferma, porque *estás loca, Myrna Conway*. ¡Tú eres Myrna Conway, la esposa del *sheriff*!

Con un grito ronco y desgarrado, la altísima figura se arrancó la caperuza, asomando debajo el rostro habitualmente apacible y risueño de la hogareña esposa del *sheriff* Alex Conway. Ahora, era una máscara de odio, de crueldad y de malignas intenciones. Sus ojos llameantes, de extraño poder, se fijaron en Mark con rabia y placer al mismo tiempo.

—¡Sí, disfruta de tu perfecta deducción, escritor barato y miserable! —aulló—. ¡Soy Myrna Conway, la Hermana Superior del Culto de la Carne Sangrante! ¡El verdadero culto, no la palabrería hueca y teatral de ese pobre idiota de Randolph, que vino a proclamar su fe en Bakersfield, de quien me aproveché y me dio la idea para crear una auténtica secta capaz de limpiar de podredumbre esta ciudad y extender luego nuestro movimiento

purificador por California, por el país, por el mundo entero, si es preciso! ¡No estoy loca, Fisher, sino enormemente cuerda, clarividente! ¡Soy poderosa y lo estoy probando ahora! ¡Te he vencido y eso es lo que te hace sentir tan pequeño y ridículo a mi lado, y tratas de insultarme con acusaciones de demencia!

—Myrna Conway, estás totalmente desquiciada —silabeó Mark con voz despectiva—. Me das pena y asco. Destruyes jóvenes vidas humanas creyéndote la mano del Señor, cuando Dios debe sentir horror de que tú cometas tales infamias en su nombre. Es Satán quien te dirige y no Dios. Tu mente desequilibrada es obra del Diablo, como tu poder hipnótico y tus tisanas narcóticas, Myrna Conway. Eres lamentable y ruin.

—¡Te aplastaré por lo que dices! —bramó ella—. ¡Serás el primero en sufrir la tortura del Culto Sangrante en mis dominios!

Exaltada, furiosa por las acusaciones insultantes de Mark, había llegado junto a este, de espaldas al fuego que elevaba su humo aromático a la bóveda. El joven escritor observó su desmesurada estatura, falsa a todas luces, y producida por unas alzas o zancos que cubrían los pliegues de su larga túnica.

La tenía situada justamente al lado de su cuerpo. La altísima figura se interponía entre él y el fuego de brasas rojas como la sangre. Era lo que había buscado al provocarla. No podía moverse demasiado dentro de las cadenas sujetas a sus muñecas y tobillos. Pero sí lo suficiente.

Contrajo su cuerpo cuanto pudo y luego lo distendió en un esfuerzo titánico, que hizo clavar los eslabones en su carne, rasgándole con trozos de sangre. Su rodilla y cadera golpearon el soporte de la falsa estatura de Myrna Conway.

Esta vaciló, cayendo pesadamente, perdido el equilibrio. Un agudo grito de terror intenso brotó de su garganta. Trató desesperadamente de afianzar su posición en tierra, pero la altura de los zancos la perdió. Estos cedieron arrastrándola hacia abajo, su cuerpo envuelto en los hábitos se fue a las brasas, en medio de un alarido desgarrador. Se elevó una densa columna de humo y un chisporroteo intenso.

Luego el aire se llenó con el intenso hedor a carne quemada. Arriba, Molly Chalmers cerró sus ojos angustiados. Mark respiró hondo. Los monjes siniestros que le rodeaban permanecieron

quietos, inmóviles, como hipnotizados por lo que había sucedido ante ellos. Se aproximaron luego, lenta y pesadamente, al borde del brasero. Miraron abajo, a los restos humanos ennegrecidos, que despedían aquel fétido hedor nauseabundo. Luego se miraron entre sí, como desorientados.

—¡Quitaos todos las caperuzas! —ordenó con voz sorprendentemente poderosa Mark Fisher—. ¡Vamos, es una orden! ¡Vuestra dueña y señora, la Hermana Superior de la Carne Sangrante ha muerto! ¡Ahora soy yo, Mark Fisher, quien os da órdenes! ¡Mostrad vuestros rostros, pronto!

La siniestra procesión obedeció con rara docilidad a la exigencia de Mark. Cayeron las caperuzas. Rostros familiares a Molly Chalmers, como la esposa del alcalde Asher, la esposa del funerario Sidney Oland y otras muchas damas conocidas de la sociedad local, entre ellas la propia esposa de Gary Craig, mostraron sus rostros inexpresivos y torpes a los ojos de la horrorizada abogada.

—Están en trance hipnótico —jadeó Mark—. Bajo el influjo de Myrna Conway y de sus drogas… Pero creo que sin existir ella ya no son peligrosas… Haré que nos suelten a los dos, Molly. Con cuidado y cautela, aprovechando su estado actual. Espero que me obedezcan en todo… Estas mujeres son inocentes en realidad de toda culpa. Actuaban como marionetas, bajo el poder hipnótico de Myrna Conway. Espero que la policía pueda creer toda esta atroz historia…

—No tendremos otro remedio, Fisher —dijo una áspera voz varonil, desde otro punto de la sala fantasmal.

Y ante la sorpresa de los cautivos, Todd Travis y el *sheriff* Conway, todavía inseguro, torpe y con aire somnoliento, entraron revólver en mano en la cámara, seguidos por el joven Barry Scott y el patrullero que derribara Mark aquella noche, todos igualmente armados y dispuestos a utilizar sus revólveres y rifles.

Pero no era preciso. Las mujeres de las autoridades locales, dócilmente, se dejaron esposar mientras Mark Fisher y Molly Chalmers eran liberados…

EPÍLOGO

—De haber fallado su plan, Fisher, hubiéramos llegado a tiempo de salvarles, pero tal vez fue mejor así —dijo Travis, amargamente, sacudiendo la cabeza, mientras les servía nuevas tazas de café en la oficina del *sheriff*, en la madrugada ligeramente lluviosa—. Hubiera sido muy duro para el jefe asistir al proceso de su propia esposa y todo lo demás. La cámara de gas o el manicomio hubieran sido su final irremediable, y eso hubiera dañado a Conway más que su muerte.

—¿Cómo pudieron llegar tan a tiempo de descubrir el santuario de esos monstruos? —indagó tímidamente Molly, ingiriendo un sorbo de la caliente infusión, envuelta aún en las mantas que la policía había usado para cubrir su desnudez.

—El patrullero a quien golpeó Fisher oyó borrosamente las palabras de él antes de partir ustedes. Me avisó con urgencia y fuimos hacia la casa de Conway. Pero ya era tarde: usted y Molly eran introducidos en una furgoneta, la del funerario Oland, a quien su mujer dormía con tisanas, lo mismo que Myrna a su marido, para quitarle las llaves y llevarse el coche fúnebre, como Myrna se había llevado del depósito municipal el coche de usted, Fisher. Estábamos solos el patrullero y yo, y ellos eran más de una docena de encapuchados. Nosotros entonces no podíamos saber que eran mujeres. Pedimos refuerzos, mientras seguíamos a la furgoneta hasta las zonas del campo de deportes, donde tenían su oculto refugio en una vieja casa abandonada, cuyo sótano habilitó Myrna Conway para sus trágicas ceremonias. Cuando llegaron los refuerzos, entramos con la mayor cautela para no provocar su sacrificio. Y aún así, llegamos un poco tarde, lo confieso…

—Pero llegaron —suspiró Mark moviendo la cabeza—. Dios mío, lo que puede producir una locura como la de esa mujer… Lo siento sobre todo por Conway.

—Yo también, Fisher. Él no merecía esto. Es rudo, cabezota, pero noble. Dijo que le disculpara de todo mal que pudo causarle… No quiere hablar ahora con nadie.

—Le comprendo muy bien —asintió el joven escritor. Miró a Molly—. Bien, creo que esto es el final del horror. Ya nada me ata a Bakersfield.

—¿Se va a Los Ángeles? —preguntó Molly, indecisa.

—Sí. Mañana. Pero volveré apenas haga el primer guión.

—¿Volverá a Bakersfield? —se sorprendió la joven—. ¿A qué?

—A buscarla, Molly —sonrió Mark—. A buscarla para no dejarla nunca más, si usted acepta ser alguna vez la señora Fisher.

—Oh, Mark, ¿de veras harás eso? —gimió ella, aturdida, enrojeciendo sus mejillas.

—Tenía pensado hacerlo —afirmó Mark, rotundo—. Pero después de verla desnuda, ya no podría obrar de otro modo. Tu cuerpo me ha fascinado tanto como tu rostro y como tú misma…

—¡Oh, eres odioso…! —gritó ella, enrojeciendo todavía más—. ¡No puedes hablar así en público! ¡Es inmoral…!

—Por favor, basta ya de hablar de inmoralidades —interrumpió Mark, poniéndose rápidamente en pie y acercándose a ella—. Ya ha habido en esta ciudad demasiados jueces de la moral ajena… y eso no es sano ni conveniente. Te amo, Molly. Y por eso tengo que amar también tu cuerpo, te guste o no la idea.

La besó en los labios, ante la sonrisa de Travis, que desvió la mirada discretamente. Ella le devolvió el beso.

—Mark… —susurró—. Me Vuelve loca la idea de que mi cuerpo te guste…

Y ahora fue ella la que le rodeó con sus brazos, atrayéndole hacia sí para besarle. Las mantas resbalaban sobre su cuerpo desnudo.

Silenciosamente, el agente Travis optó por salir, cerrando la puerta tras de sí.